
CIENCIA FICCIÓN
DETRÁS DEL TIEMPO
PETER KAPRA
P. CORTIELLA

PETER KAPRA

Detrás del tiempo

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 **Dr. Julián Álvarez, 151**
Barcelona **Buenos Aires**

Depósito Legal: B. 2837 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

PRIMERA PARTE

Los inmutables se llaman «enfobas»

y carecen de tiempo.

CAPÍTULO PRIMERO

El lector debe imaginar que se encuentra en alguna parte completamente distinta a lo que es la Tierra. Algún lugar situado o no en un más allá desconocido; un lugar del que no tenemos referencias. Nada más.

«Eoe» pensaba:

«—Olvidamos el presente en el momento en que transcurre. Sólo conocemos el futuro. El pasado se pierde, no guarda recuerdo en nuestra mente. Se va, desaparece. Así, pues, no sabemos de dónde venimos.

»Hemos llegado a definir el tiempo como ese campo dimensional y desconocido que dejamos atrás. El tiempo es un factor unido al espacio uniforme que nos rodea. Está ahí, latente, nos envuelve. Y sabemos lo que hemos de hacer dentro de cierto tiempo.

»Nosotros estamos aquí y allá, viviendo. Somos seres que tienen un destino y un origen. Es la razón la que así me hace concebirlo. Si vamos hacia un fin, es que venimos de un principio. Pero hemos invertido los términos.

»Sé que mañana pasará y vendrá otro día. Todos son iguales. Todo es igual. Uno piensa en eso y se empequeñece. Podríamos contar el tiempo, señalarlo, crear una historia, y tendríamos un recuerdo. ¿Por qué sólo anticipamos el futuro? No tiene sentido.

»Allá, detrás de aquella barrera universal inalcanzable, existe otra

dimensión. Llegaremos a ella algún día. Si contásemos el tiempo de algún modo, podríamos saber cuándo será ese día. Es preciso contar algo, aunque sea empezando por nosotros mismos. ¿Cuántos somos?»

«Eoe» no podía responder a sus propias preguntas. No podía ver a nadie en torno a él, sólo podía «sentirlos». Sabía que estaban allí, hacinados, siguiendo el rumbo siempre inmutable de lo que podía llamarse corriente sideral exterior.

No podía ver a sus semejantes porque carecía de ojos. Podía presentirlos, eso sí. Tampoco habló con ellos jamás e ignoraba si se encontraban encima o debajo, detrás o delante.

¿Les sucedía a los demás lo mismo que a él?

Esto era difícil de averiguar. «Eoe» era la primera vez que se detenía a reflexionar de aquel modo.

Intentó concentrarse, «dialogar». Alguien podría «escucharle».

»—¿Quién está más cerca de mí?

Aunque hubiese tenido ojos para ver en derredor, nada habría podido ver. Tanto él como los demás carecían de cuerpo. Y, por otro lado, tampoco había luz, ¡ni cielo, ni tierra para sus inexistentes pies!

Sin embargo, «Eoe» obtuvo respuesta a su pregunta. Sintió perfectamente la modulación del pensamiento extraño al suyo, cuyas ondas llegaron con claridad a su propia mente.

»—Yo capto tus ideas, «Eoe».

»—¿Quién eres tú?

»—Sé que me llamo «Deue», aunque, naturalmente, nadie me lo ha dicho.

»—¿Dónde estás?

»—No lo sé. Supongo que próximo a ti.

»—¿Y no se interpone nadie entre nosotros? ¿No nos oye nadie más?

»—Deben de estar a considerable distancia.

»—¿Cómo te mueves, «Deue»?

»—Lo ignoro. Me lleva la corriente universal, supongo.

»—¡Eso es interesante! ¡No te separes de mí, «Deue»! Necesito compartir con alguien mis ideas. El sentido común me induce a creer que he debido olvidar tu nombre en el mismo instante de oírtelo pronunciar.

»—Yo sé que no tenemos origen —replicó el pensamiento de «Deue»—. Siempre hemos estado desarrollándonos solos. Somos algo con una misión que cumplir al extremo de la corriente sideral que nos arrastra. Alguna vez debíamos establecer el primer contacto... ¡Alguien!

»—Piensas bien, «Deue». Siempre hemos estado solos. Ni siquiera nos hemos preocupado en conservar recuerdos, porque, tal vez, en nuestro origen, no éramos nada, ni siquiera una mente.

»—Yo he deducido, «Eoe», que, cuando alcancemos la barrera

universal, habremos conseguido descubrir nuestro origen, porque allí debe de estar la explicación de nuestro desarrollo evolutivo —replicó la idea de «Deue».

»—Eso no se me había ocurrido a mí —dijo «Eoe»—. Sé que vamos hacia la meta que separa nuestra dimensión de otra distinta. Pero que una vez allí averiguaremos si nuestro origen no está bien definido. Más bien creo que allá alcanzaremos otro origen, que no será, precisamente, el nuestro.

»—Pero ¡es inconcebible! No, «Eoe». Ha de ser el fin de una de nuestras etapas evolutivas. Ése es nuestro destino.

»—Yo voy más allá. Sígueme, por favor, «Deue». Si no sabemos de dónde venimos, y sí que vamos hacia un determinado punto, y una vez en él habremos descubierto la luz, hemos de deducir que carecemos de origen.

»—¡Alguna vez debió formarse nuestra conciencia, puesto que la tenemos!

»—Sí, naturalmente. También es la primera vez que dos de nosotros conversan, y sabemos que hay miles de millones de nosotros esparcidos en medio de estas tinieblas. Estamos, existimos y pensamos. ¿De acuerdo?

»—De acuerdo —respondió «Deue»—. Sigue.

»—Sabemos cuál es el fin de nuestro viaje. ¿Por qué no pensar, pues, que vamos haciéndonos «adultos» a medida que avanzamos?

»—¿Mayores de edad?

»—Algo de eso. De la nada hemos tomado conciencia de nosotros mismos. Eso puede explicar por qué antes no teníamos origen. Partimos de cero hacia el infinito.

»—Te comprendo, «Eoe». Es una buena explicación. Eso quiere decir que, a medida que transcurre el tiempo y nuestra inteligencia se desarrolla, iremos comprendiendo más cosas.

»—Sí, eso quiero decir. Hasta ahora, yo creía que olvidábamos el pasado al mismo tiempo que transcurría. Y eso no es cierto, ya que el cambiar impresiones, aunque sean mentales, requiere tiempo... ¡Y ni he olvidado tu nombre, ni el mío, ni nada de lo que hemos «dialogado»!

»—¿Desde cuándo te llamas «Eoe»?

»—Pues desde... Digamos desde este momento. Seguiremos hablando en lo sucesivo.

* * *

«Eoe» llegó a estrechar su mente con la de Deue», con tanta penetración que, al poco tiempo, pensaban ambos del mismo modo en todo. También llegaron a establecer contacto metafísico, o sea que se «tocaron» sin leyes físicas. No podía ser de otro modo, ya que ninguno poseía cuerpo.

Supieron también que sus semejantes más próximos estaban muy distantes de ellos, aunque dedujeron que se iban acercando, como si las líneas que partían del infinito hemisferio se estuvieran concentrando en haces, para acabar coincidiendo en los límites de la barrera universal, y que todos ellos habían partido de puntos muy distantes y separados entre sí, como legión de sombras dirigidas a una meta común.

¡Incluso llegaron a percibir la sensación del tiempo!

»—«Deue», hace mucho tiempo que hablamos.

»—Sí, «Eoe». Hace mucho espacio que vamos juntos. Y, por momentos, creo estar más cerca de ti.

Este «diálogo» tuvo lugar en otra ocasión distinta. Sabían que entre «charla» y «charla» existían vacíos que llenaban de silencio.

»—Sería interesante poder medir el tiempo —propuso «Eoe» en una ocasión.

»—¿Cómo? —preguntó «Deue».

»—Podemos idear alguna forma de cálculo o numeración.

»—¡Eso sería interesante!

»—Hemos de habituarnos a medir, a contar, a contabilizar. Por ejemplo. Contamos nuestros impulsos mentales. ¿Qué te parece?

En sí mismos podían percibir algo semejante a «latidos». Eran ellos que vivían. Su mente impalpable tenía «vida», «latía».

»—Uno..., dos..., tres..., cuatro —fue contando, «in mente».

A «Deue» le gustó la numeración inventada por «Eoe». También se dedicó a contar sus propios impulsos mentales. En breve tiempo, había asociado la idea y calculado el espacio-tiempo de traslación de su propio ser que comparó con la distancia que le separaba de «Eoe».

»—Si pudiera ir hacia ti —dijo luego «Deue», tras una inmersión de silencio y cálculo —, tardaría veintidós mil latidos mentales en alcanzarte.

»—Retén esa cifra. Será interesante averiguar si en otro momento del futuro la distancia entre nosotros se ha acortado.

»—Intentaré retenerla... Veintidós mil latidos... ¡Es interesante tu modo de contar! Hemos conseguido establecer el punto cero entre el pasado y el futuro.

»—Sí. El punto cero siempre será el presente, que irá avanzando con nosotros. Viene un segundo y pasa un segundo. Empleamos tiempo en hablar, tiempo en movernos, tiempo en pensar. El tiempo es factor indisoluble en nosotros.

»Y es preciso establecer otras medidas, otros contactos, hablar con otros semejantes nuestros.

Esto tampoco fue difícil. Sabían que estaban allí, rodeándoles, a distancias equidistantes. En torno a ellos habían otros seres.

¡Y todos eran «enfobas»!

* * *

El lector debe imaginar ahora que se encuentra en la Tierra y que le rodean tres dimensiones conocidas. También debe pensar en la época en que vive: ¡la actual!

El doctor Pierre Charonne tenía motivos para sentirse fatigado. Veinte horas inclinado sobre su mesa de trabajo, ininterrumpidamente, intentando resolver una difícil ecuación de integrales, era demasiado para un hombre de cincuenta y cuatro años.

Alzó la vista de los papeles que tenía ante sí. Los guarismos trazados por su bolígrafo parecían bailar ante sus ojos. La luz de la lámpara le había estado hiriendo ininterrumpidamente.

—No —musitó—, algo no coincide... He debido de cometer un error en el planteamiento... ¿Dónde está el error?

Estaba extenuado. Se pasó la mano por la frente y se levantó, resistiéndose a renunciar a su lucha con los guarismos.

Fue en aquel preciso instante cuando llamaron a la puerta con cierta timidez.

—Papá... ¿Estás ahí?

—Sí, Anette.

—¿Puedo entrar?

—Sí, hijita. Pasa.

La puerta del despacho se abrió, apareciendo una preciosa joven, de rostro ovalado y ojos grandes, que se envolvía en un ligero salto de cama de encajes y llevaba el cabello castaño rodeado por una redecilla.

—Papá, es muy tarde —musitó la joven, avanzando hacia la mesa de trabajo de su progenitor y mirando en derredor.

Las hojas de papel de varios blocs yacían por el suelo, arrugadas, lanzadas con desprecio. Simbolizaban las ideas de un hombre que llevaba cincuenta años dedicado al estudio más útil e incomprendido de mantos ha realizado el hombre.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las cinco de la mañana. A las nueve debes estar en la Universidad. Hoy es día de clase.

—¡Ah, sí! —Pierre Charonne suspiró y alzó los hombros, como el luchador que cede ante lo imposible, dándose por vencido—. Lo tenía ahí, Anette... ¡Lo vi! ¡Estaba claro como la luz del día! Pero el bolígrafo dejó de escribir. Hube de buscar otro, no lo encontré, lo removí todo y... Bueno,

eso pasa. Cuando encontré otro bolígrafo algo se borró de mi mente.

—Debes estar cansado. ¿Quieres que te haga una taza de café? Aunque será mejor que duermas unas horas. Tus alumnos se reirán de ti si te ven con esa cara. ¿Qué es lo que intentabas resolver?

El doctor Pierre Charonne sonrió tímidamente al pasar su cansado brazo sobre el hombro de su hija Anette.

—Quería establecer la relación matemática del origen humano.

—¿Qué? —se sorprendió Anette, pese a conocer las rarezas de su progenitor.

—Nosotros descendemos por una recta inclinada que no tiene principio ni fin. Nuestra presencia aquí, en la Tierra, es meramente accidental. Estamos vinculados, estrechamente ligados, al origen de la materia, cuya transformación matemática he podido desarrollar.

—Los seres humanos tenemos origen divino —replicó Anette, que era una buena católica.

—¡Incluso Dios se rige por leyes matemáticas, Anette! —replicó el hombre de ciencia—. La Creación es un concierto matemático, hija.

—¡Y también un misterio divino que...!

—¡Que nosotros podemos descubrir! ¡Prácticamente, lo he descubierto ya, Anette! —atajó el hombre, tomando a su hija de los brazos y mirándola fijamente a los ojos.

—¡Por Dios, papá! —exclamó ella—. ¡Parece una blasfemia!

—¡No! La incógnita estaba ahí. Alguien tenía que descubrirla. No es sencillo, ni mucho menos. Y yo la he vislumbrado. Los números lo demuestran.

—¿Lo has demostrado? ¿Qué es lo que has demostrado?

Ante las exigentes preguntas de la joven, el hombre abatió la cabeza.

—No, todavía no, Anette. Vi la sucesión de cálculos, el encadenamiento, planteé la fórmula. Pero... ¡Ahí está, en esos papeles! ¡Debo encontrar el error, rectificar!

Súbitamente, Pierre Charonne se agachó y empezó a recoger los arrugados papeles que llenaban el suelo del despacho. Los alisó, los examinó, recogió otros, buscando siempre el hilo de sus pensamientos de toda la noche y que el azar había mezclado, haciéndolos confusos.

Había más de quinientas bolas de papel arrugado. Llenó la papelera y luego los había arrojado distraídamente al suelo.

Ahora, al examinar unos veinte de ellos, ante la mirada inflexible de su hija, se sintió acobardado. Anette parecía estar acusándole de pueril.

—Papá, ¡por favor! Es muy tarde.

—¡Está aquí! —exclamó él, blandiendo los papeles y arrodillado en tierra—. Si ordeno estos papeles y los clasifico, puedo encontrar el error que me ha llevado a conclusiones equivocadas... ¡Te juro que vi

perfectamente el camino matemático que llevaba al origen de todas las especies humanas del universo!

»Si desarrollo esta solución matemática, demostraré...

—No puedes demostrar nada porque no hay nadie capaz de seguir tus razonamientos matemáticos. ¿Acaso no te das cuenta de que eres único en tu mundo de números y que nadie puede comprenderte?

»¿No te ha ocurrido muchas veces en la cátedra que te has perdido en lucubraciones matemáticas que ni los otros profesores te han podido seguir? ¿Qué puedes enseñar tú a tus alumnos, si tu mundo de números es distinto al de ellos?

Anette no llegó a decir lo que tanto temía de su padre. Se lo calló. Era demasiado fuerte: «¡Estás loco, papá!»

Era demasiado fuerte para que una hija se lo dijera a su padre.

* * *

Franky Spiro descendió la escalerilla del avión, en el aeropuerto de Le Bourget. Regresaba a París después de seis años de ausencia. Se sintió emocionado.

Eran sus primeras vacaciones en cuatro años. Contratado por una importante empresa norteamericana de computadoras electrónicas, había trabajado intensamente, sin descanso, hasta realizar el mayor sueño de su vida.

Ya estaba hecho. Lo dejó allá, en Massachusetts, en manos de otros científicos que se devanarían los sesos intentando encontrar algún fallo en los resultados definitivos de «IBZ-33», la máquina de cálculo perfecta.

Ahora, Franky Spiro quería volver a ver al hombre que tanto le enseñó y le alentó en su carrera. Y, de paso, si veía también a su hija...

El ingeniero americano volvía a París para ver a Pierre Charonne y a su hija Anette. Podía decirse que durante los cuatro años dedicados a realizar su obra, siempre había tenido latente la imagen de la hija del doctor Charonne. Nunca logró olvidarla, como si hubiese sido ella la que alentó su trabajo hasta proporcionarle el éxito.

En realidad, aunque Franky no quiso confesárselo, estaba enamorado de Anette Charonne. Volvía para verla a ella.

Del aeropuerto, Franky Spiro se trasladó a un hotel, elegido intencionadamente cerca de los Inválidos, porque los Charonne vivían en sus inmediaciones.

Una vez instalado en el hotel, Franky se lavó, se cambió de ropa y se dispuso a efectuar la visita más emocionante de su regreso. Elegantemente vestido, con los regalos que llevaba tanto para Anette como para su padre, salió a la calle y fue paseando, contemplando París, llenándose de vida y

recuerdos, hasta llegar a la casa vieja y gris, en cuyo primer piso vivía la muchacha de sus sueños.

Un tanto trémulo, Franky subió la escalera. Se arregló el nudo de la corbata y, luego, presionó el timbre eléctrico, que zumbó, áspero, en el interior de la casa.

Hubo de esperar algunos minutos. Al fin, la puerta se abrió y apareció Anette, con minifalda, botas altas y un suéter azul. El semblante de la joven se demudó al ver al visitante.

—¿Qué...?

—¿No me reconoces, Anette? —preguntó él, con su marcado acento nasal.

—¡Oh, Franky! ¡Cuánto me alegro que...!

Ella cambió la expresión de sorpresa por otra más cordial y extendió la mano para saludar al americano.

—¿Y tu padre? —preguntó él—. Acabo de llegar a París, de vacaciones, y mi primera visita había de ser para ti.

El semblante de Anette se había nublado un tanto.

—Pasa, por favor, Franky. Mi padre no está.

—¿Está en la Universidad?

—No... Ha tenido que salir fuera de la capital.

—¿Estás sola?

—Sí.

—En ese caso, no debería entrar.

—¡Por Dios, Franky! ¿No me digas que tienes prejuicios de burgués del siglo pasado? Entra y cuida que no te coma. —Era evidente que la joven hacía esfuerzos para aparentar alegría. El notó en seguida su inquietud, entrando en el recibidor de muebles antiguos y regios.

—¿Ocurre algo?

—No, ¿qué había de ocurrir? ¿Cuándo has llegado? ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Por qué no enviaste algunas cartas?

—Puedo decir, sinceramente, que no he tenido tiempo.

—¿En cuatro años?

—He trabajado mucho... Todo sigue igual que la última vez que estuve aquí... El cuadro de Watteau, el jarrón... ¡No parece haber transcurrido el tiempo!

—Sí, Franky. Ha transcurrido. Tengo ya veintiséis años. Y tú debes de tener treinta y dos.

—Bueno, eso sí. Los años no perdonan.

Ella le invitó a entrar en el saloncito.

—¿Quieres tomar algo, Franky?

—No. Gracias. Háblame de ti, de tu padre... ¿No te has casado?

—No.

—Yo tampoco.

Pareció como si la conversación se terminase allí. Ambos se miraban fijamente. El silencio se prolongó durante un tiempo excesivamente largo.

De pronto, Franky dijo:

—Algo te ocurre. ¿Qué es?

Anette Charonne se sentó y bajó la cabeza.

—Creo que debes saberlo, Franky. Tú apreciabas mucho a mi padre.

—¡Y le sigo apreciando! Estoy convencido de que el profesor Charonne es el mejor matemático del mundo... ¡Muy superior a Einstein!

—Mi padre está en un manicomio, Franky.

—¿Qué?

—Se ha vuelto loco.

—Pero... ¡Eso no puede ser!

—Lo siento, pero es verdad. Los médicos lo han diagnosticado así. Por eso lo han retirado de la Universidad. Formó un alboroto y hubo de ser internado. Me temo que no tendrá cura.

—¡No lo puedo creer! ¿Loco? ¡Eso es imposible!

CAPÍTULO II

Se trasladaron a las afueras de Charenton, lugar en donde estaba instalado el sanatorio psiquiátrico. Era un domingo por la tarde y el sol brillaba con fuerza.

Franky Spiro y Anette Charonne estaban silenciosos y tristes. Habían comido juntos, en la Cité, tristemente, como presintiendo el encuentro que iban a tener a las cuatro.

El manicomio estaba rodeado de altos muros. Fue preciso atravesar dos verjas antes de entrar en los jardines, por donde paseaban algunos internos cuyo estado no inspiraba inquietud.

Una vez dentro, un médico les acompañó hasta una habitación soleada y posterior, de la planta baja, en donde se encontraba el doctor Charonne.

—Pasa el tiempo haciendo números, resolviendo complicadas ecuaciones matemáticas. Ahora no tiene arrebatos, como tenía al principio, y su estado no inspira cuidado.

—¿Está usted seguro de su locura, doctor Varesse? —quiso saber Franky.

El médico se encogió de hombros, replicando:

—Se encuentra aquí por consejo de una junta de psiquiatría. Yo no puedo inmiscuirme en la resolución de mis colegas. Lo que sí puedo asegurarle es que sus ecuaciones matemáticas carecen en absoluto de sentido.

—¿Y no será que ustedes no las comprenden? —insistió Franky.

—Es que hay más. Tiene un modo de hablar absolutamente anormal. Véanle. Hablen con él y luego juzguen.

Pierre Charonne no levantó siquiera la mirada cuando se abrió la puerta de su alojamiento y entraron su hija y Franky. El doctor Varesse se quedó en la entrada, silencioso y observador.

—¡Papá! —exclamó Anette, yendo hada su padre.

El hombre levantó sus cansados ojos y un destello de inconfundible inteligencia apareció en ellos.

—¡Anette, hija mía!

Dejó el bloc en el que había estado escribiendo y se levantó para abrazar a su hija. Fue entonces cuando se fijó en Franky, sin reconocerle.

—¿Quién...? —empezó a decir.

—¿No me recuerda, profesor? Cursé estudios matemáticos con usted en la Sorbona —explicó Franky—. Me llamo Franky Spiro.

—¡Ah, Spiro! Sí, ya recuerdo... Americano.

—Sí.

—¿Cómo estás, hijo? Han pasado muchos años. ¿Qué ha sido de ti? Recuerdo que a veces venías a casa. Estabas solo en París. Fueron tiempos gratos aquéllos.

—Sí, doctor. Y le estoy muy agradecido por sus enseñanzas. Ahora soy ingeniero electrónico. Acabo de construir una máquina de cálculo infinitesimal. No existe otra en el mundo como mi «IBZ-33». Le resuelve en pocos segundos los más difíciles problemas matemáticos.

—¡Ah, sí, conozco esas máquinas! Son muy complejas... ¿Desea usted algo, doctor Varesse?

—No, doctor Charonne, gracias. Le dejo en la compañía de su hija y del señor Spiro. Hasta luego. La puerta está abierta. Pueden salir al jardín, si lo desean.

—Gracias.

Franky se había sentado junto al doctor e intentaba separar la locura de la razón en el hombre que tenía delante. De vez en cuando, miraba a Anette.

—Estoy de vacaciones. He trabajado durante cuatro años para terminar mi máquina. Trabajo en los laboratorios electrónicos de la «Mayer Standard Co.», de Boston, Massachusetts. Colaboramos con el programa de investigación espacial de la N.A.S.A. y he sido muy felicitado por mi invención, la cual he podido realizar gracias a las enseñanzas que recibí de usted.

—Eso me congratula, señor Spiro —respondió Charonne.

—¿Qué estaba haciendo usted?

—Intento desarrollar matemáticamente mi teoría del origen de los seres humanos en el universo físico —replicó el doctor, con sencillez.

—¡Eh! ¿Qué es eso?

El otro sonrió.

—La causa de mi estancia aquí. Supongo que Anette le habrá contado mi historia. Durante una clase de matemáticas en la cátedra de la Universidad, me perdí en disquisiciones integracionales, llegando a vislumbrar las posibilidades antineutrónicas del concepto de espacio metafísico. Lo siento. No pude evitarlo. Mis alumnos se quedaron viendo visiones, el rector me llamó y... Bueno, discutimos. Admitió que yo estaba demasiado alto para enseñar matemática superior a esos jóvenes... Y, a consecuencia de la discusión, intervinieron los médicos. Éste ha sido el fin... ¡El manicomio!

—¡Pero usted no está loco! —exclamó Franky.

—No, desde luego —replicó Charonne—. No estoy loco. Y, sin embargo, aquí me tiene. Por suerte, Anette dispone de una pensión y algunas rentas, lo que le permite seguir viviendo sin mí. Yo era una carga

para ella. Aquí estoy bien. No tengo que ir a la Universidad, trabajo todo lo que quiero y nadie me molesta. He salido ganando.

—¡Y la humanidad perdiendo, doctor Charonne!

Anette miró significativamente a Franky.

—Háblale de «Eoe», papá —musitó la joven.

El padre se volvió hacia la hija, con ojos centelleantes.

—¡Tú pareces ir contra mí, Anette! —exclamó.

—No, papá. Lo siento. Sólo quisiera que Franky conozca toda la verdad. Dile que has establecido contacto con los seres pensantes de una dimensión distinta a la nuestra. Dile quién es «Eoe» y su extraña existencia... ¡Dile a Franky Spiro que, atravesando la barrera universal de la antimateria, existe un universo distinto, poblado de seres en estado de constante evolución! ¡Y dile que esos seres no tienen cuerpo ni mente, pero piensan!

—No, hija; no es necesario. Tu mente es igual a la de tus semejantes. Vives dentro de las tres dimensiones conocidas. Es inútil que intente hacerte comprender.

—Tal vez yo pueda comprenderle, doctor Charonne —habló Franky, lentamente, mirando el bloc que el profesor postergado tenía sobre las rodillas, y donde veía un guarismo simbólico en las teorías einsteinianas: E = mc2—. ¿Qué estudia ahora?

—Esta fórmula. La he descompuesto en todas sus vertientes. Y sólo es aplicable en su sentido estrictamente físico. Sometida a un estudio metafísico, bajo la influencia hipotética de una dimensión distinta, resulta paradójicamente inexacta.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que su descubridor pensaba con mente humana y que no fue capaz de vislumbrar siquiera un campo dimensional distinto —replicó Charonne.

—Einstein trabajó intensamente en la teoría del campo unificado.

—Estaba equivocado en lo esencial. No existe unificación de campos. Confundió masa con magnetismo, positrones con antigravitones... ¡No llegó a imaginar que existía algo absolutamente pequeño y a la vez, inmensamente grande!

»La paradoja de la inexactitud de la fórmula de Einstein está, precisamente, en su enunciado: la energía es igual a la masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz. He ahí la fórmula correcta en nuestro mundo. Pero ¿y en un mundo donde no exista la luz, cuál habrá de ser la fórmula exacta? ¿Lo sabe usted, ingeniero Spiro?

—Ese hipotético mundo no existe.

—¡Si existe la matemática, existe ese mundo! ¿No dice usted que ha ideado una máquina capaz de resolver complicados problemas? Voy a darle la oportunidad de comprobar si es perfecta. Sométala a la siguiente prueba:

¿Cuál será la energía de «algo» en cuya masa no entre la luz?

—El cero, naturalmente —replicó Franky.

—Se equivoca. ¿Ha leído la disertación que el doctor Kiwama, de la Universidad de Tokio, hace del comportamiento del antigravitón?

—Sí.

—Aplique su deducción final a mi enunciado y resuelva el problema. Yo tengo el resultado aquí. Puedo dárselo, si lo desea, para comprobación. Ésa es una prueba de la existencia de «Eoe», «Deue» y tantos otros «seres» pensantes que habitan en una dimensión distinta.

Franky estaba atónito, calculando las posibilidades de que el doctor Charonne estuviese más loco de lo que decían los médicos psiquiátricos.

Al fin llegó a una conclusión.

—Está bien, doctor. Por usted y por Anette, intentaré averiguar si tiene usted razón. Cablegrafiaré a Boston. Mis colaboradores pueden someter ese problema a la «IBZ-33». Estoy seguro de que la máquina lo resolverá. Le ruego que retenga el resultado obtenido por usted, para cotejarlo después. Sería interesante obtener el mismo resultado por medios distintos.

—Sí, sería muy interesante —replicó, pensativamente, el doctor Charonne—. ¿Por qué no salimos al jardín? Hace una tarde espléndida.

* * *

Aquella noche, en casa de Anette, después de regresar del Instituto Psiquiátrico, Franky Spiro redactó un cablegrama mientras tomaba un whisky con la hija del doctor Charonne.

—¿Qué te ha parecido mi padre, Franky? —preguntó ella, de súbito.

—No sé qué decirte, Anette. Desde luego, está intelectualmente muy por encima de todos nosotros. Quizá por eso no le comprendemos. Pero su fórmula es interesante. Se la enviaré a Albert March y él la someterá a la «IBZ-33». Tengo curiosidad por comparar el cerebro de tu padre con mi cerebro electrónico.

—¡Eso es una bobada! —exclamó Anette—. He hablado varias veces con el doctor Varesse, quien afirma que la fatiga y el exceso de trabajo ha perturbado a mi padre de tal modo que su enfermedad no tiene cura.

—Eso es inadmisible —replicó Franky—. No soy psiquíatra, pero no puedo admitir eso. Encuentro a tu padre muy normal. Sin embargo, ocurre que vivimos todos en mundos distintos simbólicamente. El médico no puede comprender al matemático, ni el ingeniero mecánico al poeta. Somos una curiosa mezcla de seres anormales, en relación unos con otros. Pon a conversar a un marino con un minero, o a un político con un químico. Una vez agotadas las fórmulas convencionales de la estricta sociedad, ya no se entenderán. Uno u otro hablará de sí mismo y su interlocutor no podrá

seguirle.

»Algo semejante ocurre con tu padre. Está muy por encima de los matemáticos corrientes. Él no puede retroceder ya. Ha de seguir adelante o dejará de ser quien es. Necesita alguien que le comprenda... ¿Y, quién sabe si se ha encontrado o inventado un ser extraño para justificar su soledad y aislamiento dentro de nuestro mundo?

—Yo he sacrificado mi vida por atenderle. Tenía yo quince años cuando murió mamá, la cual nunca le comprendió. Yo he intentado hacerlo, pero he fracasado.

—Has debido casarte, Anette.

—Tuve esa oportunidad. Pero el muchacho no terminó por gustarme del todo —confesó ella, abiertamente.

—¿Y si te dijera que yo he pensado mucho en ti durante todos estos años? —preguntó él, dulcemente.

—Te diría que te has vuelto muy cursi.

—Hablo en serio, Anette. Y el principal motivo de mi vuelta a París has sido tú.

Ella bajó los ojos, musitando:

—Ya es algo tarde, Franky. Te lo agradezco.

—No es tarde. Aún eres joven. Yo también lo soy. Tengo una posición y un sueldo respetable.

—No puede ser. Aunque estemos separados, mi padre me necesita. Debo seguir atendiéndole. Soy lo único que tiene en el mundo... Y cambiemos de tema. ¿Salimos esta noche?

—Si quieres... ¿Puedo enviar este cablegrama por teléfono?

—Sí, naturalmente.

Franky envió su cable a los Estados Unidos y luego se entretuvo en charlar con Anette de cosas intrascendentales. Algo más tarde, salieron juntos a cenar y luego estuvieron bailando en un club de moda, de donde salieron pasada la medianoche. En un taxi, él la acompañó a su casa y se despidieron en el portal.

—¿Qué piensas hacer mañana? —le preguntó él.

—Trabajo en «Transair» hasta mediodía —replicó ella.

—Quizá pase a verte. Debo seguir insistiendo hasta conquistarte. Me gustas y deseo casarme contigo.

—Tú también me gustas, Franky. Pero no me casaré mientras mi padre esté así. Necesita mis visitas y cuidados...

—¿Y si tu padre no estuviese loco, Anette?

—Lo está. Lo sé. Pero eso no cambiaría la situación. Me necesita de todos modos. Intento hacerme a la idea de que mi vida me pertenece. Que es mía y no debo sacrificarla. Pero mi deber filial es demasiado fuerte.

—¿Y si consiguiéramos sacarle de donde está y trasladarle a los

Estados Unidos? Allí tengo mi trabajo. Él podría estar cerca de nosotros.

—Eso no será posible, Franky.

—¿Quieres que intente averiguar si es posible o no?

Anette no respondió, quedándose fijamente mirando a Franky, como si no existiera.

—¿Qué me contestas? —insistió él.

—Déjame reflexionar, Franky. Otro día hablaremos de esto.

—Gracias, Anette. Me aferró a esa posibilidad.

Ella se dejó besar en la mejilla y se separaron amistosamente.

* * *

Anette Charonne creyó estar soñando que...

—Tenía que venir a verte, Anette —dijo la suave modulación mental que transmitía «Deue»—. Era sencillo llegar hasta ti y «Eoe» me ha facilitado los medios... ¡Es sencillo atravesar la barrera dimensional!

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? —preguntó Anette, incorporándose en el lecho, sobresaltada y pasándose la mano por la ardorosa frente.

—Aquí, frente a ti, dentro de ti, en torno a ti... Tú no puedes verme. Pero mis pensamientos hacen vibrar los tuyos y puedes entenderme. Ya sé que te parecerá extraño y que no podrás creer que sea cierto. Pero lo es.

»Nosotros, los «enfobas», vivimos en una dimensión infinitesimal. Ni siquiera sabemos dónde estamos, aunque eso no importa. Podríamos decir que nos confundimos unos con otros. Ahora lo sé. Estamos juntos y no podemos vernos. Nosotros no tenemos luz, vosotros sí. Nuestro universo está separado del vuestro por barreras inalcanzables. Vosotros sois corpóreos y nosotros no. Nuestras mentes, sin embargo, son más poderosas. Debido a eso logramos establecer este contacto.

»He tenido que venir a verte porque necesitamos de tu ayuda. Tú eres un vínculo importante entre tu padre y el hombre que te quiere desde que te conoció, el hombre que confía en tu padre y que intenta librarle de la incomprensión de vuestros semejantes.

»Nosotros tenemos necesidad de esos dos hombres. Tú estás en medio de ambos, separándolos. Y lo que debes hacer es unirlos. No debe preocuparte lo que piensen los demás; son gente mediocre. Vosotros vivís de acuerdo con lo que piensa la mayoría. Es vuestra ley y está equivocada. La mayoría es mediocre. Los valores positivos escasean. De cada millón de hombres, hay uno superior. Tu padre es un ser superior, cuyas enseñanzas os pueden hacer saltar hacia adelante en varios siglos de progreso.

»Nuestro interés, el de «Eoe» y el mío, es que vosotros, los seres de la tercera dimensión, alcancéis cuanto antes la barrera universal que nos

separa. Debemos establecer la unión básica al progreso dimensional que nos llevará al infinito.

—No entiendo nada —replicó Anette—. ¡No sé de qué me estás hablando! ¡No sé quién eres!

—No puedo explicártelo, porque no lo entenderías jamás. Tu mente no es como la de Franky o la de tu padre. Sólo puedo rogarte que aceptes a Franky como esposo y accedas a ir con él a los Estados Unidos. Tu padre puede ser llevado allí también.

»Franky se convencerá mañana mismo de que tu padre no está loco. Presionará en su embajada y los jefes de la compañía en que trabaja le apoyarán. Tú no debes poner obstáculos. Sé que Franky te gusta... ¡Cásate con él! ¡Cásate!

* * *

Franky Spiro estaba eligiendo el traje que se pondría aquella tarde, para ir a buscar a Anette, dado que ella le había llamado por teléfono desde su oficina y le había rogado que fuese a verla, cuando llamaron a la puerta.

—Sí, adelante —contestó el joven ingeniero.

La puerta se abrió y apareció un botones.

—Un cablegrama internacional, urgente —le dijo el muchacho.

—¡Ah, sí! Es una respuesta que esperaba. Dame —dijo Franky, tomando el papel y dando una propina al muchacho.

Comprobó que estaba expedido en Boston, dos horas antes. Lo abrió y leyó el texto, que decía así: «La respuesta de «IBZ-33» a tu problema es: «Infinito». Saludos. Albert.»

—¡Infinito! —exclamó Franky, frotándose el mentón.

Fue a sentarse, sin dejar de contemplar el papel del cablegrama. Al alzar la vista, sus ojos tropezaron con el teléfono que había sobre la mesita. De súbito, fue hacia allí y descolgó el aparato diciendo:

—Señorita, ¿puede ponerme con el Instituto Psiquiátrico de Charenton?... No, no sé el número. Deseo hablar con el doctor Varesse... Sí, bien, gracias. Espero.

Franky desconocía el resultado que obtuvo el doctor Charonne. Ahora, en contestación al cablegrama que él envió a Boston, tenía una respuesta extraña y confusa, aparte de inesperada. Y sentía curiosidad por comprobar si el resultado de la máquina ideada por él coincidía con el del doctor Charonne.

Al cabo de unos minutos, una voz llegó hasta su oído, a través del hilo telefónico.

—Aquí el doctor Varesse. Dígame.

—Perdone, doctor. Soy Franky Spiro. Fui a visitar el otro día a su

paciente, el doctor Charonne.

—Sí, le recuerdo. Pero ¿en qué puedo servirle?

—Sería para mí una satisfacción hablar con el doctor Charonne. ¿Puede hacer que se ponga al teléfono?

—Desde luego, señor Spiro. Ahora mismo le avisaré. No es usual que los internos tengan contacto con extraños. Pero, en atención a usted, haremos una excepción.

—Gracias. Es usted muy amable.

—Aguarde un instante.

Franky hubo de esperar más tiempo. Escuchó algunos comentarios del personal del establecimiento psiquiátrico, que debían pasar junto a donde estaba el teléfono descolgado.

Al cabo de tres minutos, exactamente, la línea pareció cortarse de súbito, para surgir de nuevo la voz del doctor Varesse, desde otro auricular.

—¿Señor Spiro?

—Sí.

—Se pone el doctor Charonne.

—Sí, gracias.

La cansada voz del padre de Anette se oyó en el acto.

—¿Qué hay, señor Spiro?

—Acabo de recibir un cablegrama de Boston. Envié el enunciado que usted me dio. ¿Quiere usted oír la respuesta de mi cerebro electrónico?

—Sólo puede ser una, amigo mío —contestó Pierre Charonne—. A menos que su máquina sea imperfecta. El resultado que yo tengo es concreto. La energía de un cuerpo en cuya masa no entre la velocidad de la luz es el infinito.

—¡Exacto, señor! —exclamó Franky, atónito—. ¡Y esto es increíble!

—Al contrario, mi joven amigo. Eso demuestra que su máquina es buena y que yo tengo razón, que no me he equivocado. Bueno, en realidad, la solución me la ha dado «Eoe».

—¿El ser pensante de otra dimensión con quien estableció usted contacto?

—Sí.

—¡Su hija y yo iremos a verle de nuevo, doctor! Quiero aclarar esos conceptos. ¡Parece imposible que mi «IBZ-33» haya obtenido este asombroso resultado!

—Venga cuanto antes, Spiro... ¡«Eoe» me ha dicho que voy a morir pronto!

CAPÍTULO III

La puerta no la abrió Anette, sino un hombre envuelto en un impermeable, que llevaba el sombrero puesto. Franky no se había fijado que en la calle, poco más abajo de la entrada a la casa en donde vivía Anette, estaba parado un coche de la policía.

—Perdón —dijo Franky —. Quizá me he equivocado.

—¿Qué desea usted? —preguntó el hombre, secamente.

—Venía a ver a la señorita Charonne.

—Es aquí. No se ha equivocado. Pase.

Sorprendido, Franky entró. En la puerta del salón se detuvo. Dentro había otro individuo, más joven. Sentada en una butaca, con el rostro entre las manos, estaba Anette, llorando.

—¿Qué ocurre?

Anette levantó la cabeza y gimió:

—¡Mi padre, Franky!

—¿Qué le ha sucedido?

—¡Ha muerto hace una hora!

—Soy el comisario Eugène Riquet, del departamento judicial —habló el hombre joven, mostrando sus credenciales.

Atónito, Franky repitió:

—¿Muerto? ¡No es posible!

—¿Quién es usted?

—Me llamo Franky Spiro, soy norteamericano.

El comisario frunció el ceño.

—¿Habló usted con el doctor Charonne esta tarde, por teléfono?

—Sí.

—¿Le dijo el doctor Charonne que iba a morir?

Franky miró a Anette, la cual parecía estar esperando su respuesta.

—Sí, me dijo que «algo» le había anunciado su muerte.

—¿Algo o alguien? —insistió el comisario Riquet.

—Me dijo concretamente: "«Eoe» me ha dicho que voy a morir pronto."

—¿«Eoe»? ¿Quién es?

—Creo que se trata de un hombre creado por su imaginación. ¿Cómo ha muerto? ¿De qué? Cuando yo he hablado con él me parecía normal.

—¡El doctor Charonne ha muerto a consecuencia de envenenamiento! ¡Alguien le ha administrado una fuerte dosis de arsénico y su muerte ha sido rápida y trágica! Hemos encontrado en su habitación una caja de

bombones, que creemos envenenados. Se están analizando.

»Esos bombones le fueron enviados por su hija.

—¡Eso es mentira! —gritó Anette—. Yo no le he enviado bombones.

—¡Usted es su única pariente! —replicó Eugène Riquet, secamente—. ¿Qué otra persona podía haberlo hecho?

—¡No lo sé! ¡Le juro que no lo sé! —gritó Anette, desesperadamente.

Franky Spiro estaba como aturdido. Avanzó hacia la joven y le puso una mano en el hombro.

—Lo siento, Anette... No puedo expresar con palabras mi consternación.. ¡Qué horrible tragedia! ¿Cómo ha podido ocurrir?

Anette, prorrumpiendo en llanto, se apoyó en el brazo de Franky, como buscando protección en él.

—Quería verte, Franky... Tenía necesidad de hablar contigo... Esta mañana, en la oficina, me encontraba como trastornada... Anoche tuve un sueño extraño, una horrible pesadilla... ¡Pero la realidad ha sido más horrible aún!

Franky le acarició la cabeza suavemente.

—No te abandonaré en un trance como éste.

—Puede usted sentarse, señor Spiro —habló entonces el comisario Riquet, mirando al joven—. También deseo hablar con usted. Quiero que me explique con todo detalle cuál es su relación con Anette Charonne y con su padre, por qué ha venido usted a París y por qué ha llamado al Instituto Psiquiátrico para hablar con el doctor Charonne, poco antes de su fallecimiento.

—Yo conocí al doctor Charonne hace seis años, cuando estuve estudiando aquí, con él. Algunas veces vine a su casa y traté también con Anette, de quien estoy enamorado. Ayer, concretamente, le pedí que se casara conmigo.

—¡Ah! ¿Y qué le respondió ella?

—¡No contestes a eso, Franky! ¡No tienen derecho a inmiscuirse en nuestras vidas!

—Es mejor colaborar con la policía, Anette. No tenemos nada que ocultar. Ella me dijo que debía quedarse aquí a cuidar de su padre y que no podía venir conmigo a los Estados Unidos. La enfermedad mental de su padre se interponía entre nosotros.

—He ahí un motivo, Ivés —habló Riquet, volviéndose al hombre que le acompañaba—. El doctor Varesse afirma que la enfermedad mental del doctor Charonne era incurable.

—¡El doctor Varesse no sabe lo que dice! —exclamó Franky—. Sé positivamente que el doctor Charonne no está loco.

—¿Es usted psiquíatra?

—No. Soy ingeniero electrónico.

—¿Y por qué dice que el doctor Charonne no estaba loco? ¿En qué se funda?

—En esto —replicó Franky, sacando del bolsillo el telegrama que había recibido horas antes de Boston.

—A ver —Eugène Riquet tomó el papel y lo leyó varias veces, para preguntar—: ¿Qué significa esto?

—El significado que yo le doy es de una complejidad que no creo que usted comprenda, comisario.

—¿Me toma por tonto?

—No. En realidad, nadie podía comprender al doctor Charonne. Era un cerebro privilegiado. Estaba muy por encima de todos nosotros...

—Doctores tiene la ciencia que saben más que él.

—¡Se equivoca! Escuche, comisario. El doctor Charonne es un genio de las matemáticas.

—¿Por qué se obstina en decir que es? Está muerto.

—Pierre Charonne no puede haber muerto —dijo Franky, secamente.

Los dos agentes de la policía judicial se miraron perplejos.

—Tenemos ojos —dijo Riquet, en tono extraño—. Y si no fuese bastante, el informe de un médico forense. ¿Está usted en su juicio, señor Spiro?

—Sí, lo estoy. Sé perfectamente lo que digo... ¡Y el doctor Charonne también lo sabía! Ni está loco, ni...

—¿Ni muerto? —insistió Riquet.

Franky no replicó. La anhelante mirada de Anette parecía taladrarle.

—No te entiendo, Franky. ¿Qué intentas decir?

—Ya te explicaré. Ahora, resolvamos este asunto con la policía. ¿Hay-alguna acusación concreta contra Anette o contra mí?

—No —replicó Riquet—. Hemos venido a indagar. Pero la investigación continúa y los resultados están por ver. Si el envenenamiento ha sido premeditado, lo averiguaremos pronto. Por el momento, ninguno de ustedes puede abandonar la ciudad. Ya tendrán noticias mías. ¿Vamos, Ivés?

* * *

Al quedar solos, Anette se secó los ojos con un pañuelo.

—¡Por Dios, Franky! ¿Qué te propones?

—Reivindicar a tu padre. No está loco, como tampoco lo estoy yo. Él sabía lo que estaba diciendo.

—¡No puedo continuar así! Hace muchos años que he soportado la compañía de mi padre. Jamás le he comprendido... Y ahora tampoco te comprendo a ti.

Él intentó consolarla de nuevo, mostrándose dulce y cariñoso:

—¡Por favor, Anette! Procura entenderme. Debes hacerte a la idea de que tu padre era un genio... ¡Es un genio, quiero decir! ¡Él no está muerto!

—¡No! ¡Me lo han comunicado del Instituto Psiquiátrico! ¡Ya policía lo confirma!

—Esos hombres no saben por dónde navegan. Tu padre me habló de la dimensión infinita, de otros seres, sin cuerpo, que han establecido contacto con él desde el más allá. Él sabe lo que dice. Él lo ha estudiado a fondo, lo ha comprendido porque ha estado viviendo en una época que no era la suya... ¡Tu padre vive en el más allá!

Anette abrió la boca, pero no llegó a articular palabra. Se quedó muda, mirando a Franky como si no lo conociera.

—¿Qué era lo que querías decirme? ¿Para qué me llamaste?

—Anoche... Tuve un sueño... ¡No, es un disparate, Franky! ¡Yo no puedo asociar el subconsciente con la realidad!

—¿Y por qué no? ¿Sabemos acaso qué es lo que producen los sueños? ¿Sabemos lo que hay más allá de nosotros?

—¡Me asustas, Franky! ¡Hablas como papá!

Franky se puso en pie y paseó por el salón, encendiendo un cigarrillo.

—Hay muchas cosas que ignoramos, Anette. Unos son capaces de vislumbrarlas, casi adivinarlas. Otros no vislumbran más allá de sus narices. Están en el mundo como tantos millones de seres amorfos, que comen y viven sin preguntarse qué hacen en este mundo y por qué están aquí. Para estos seres, la vida transcurre sin pena ni gloria, nacen y mueren con el tiempo y la humanidad no se beneficia de ellos.

»Por suerte, la naturaleza es sabia y ha dispuesto que un escaso número de privilegiados dicten las leyes del progreso. Tu padre es uno de ellos y por eso la sociedad, que no lo ha comprendido, ha creído conveniente encerrarle entre cuatro paredes. La sociedad es necia, Anette.

»Tu padre me ha demostrado que no está loco y que le importa un bledo lo que opinen de él. Yo he dedicado cuatro años de mi existencia para realizar una máquina capaz de resolver todos los problemas que se le planteen. Hube de poner en ello todo mi empeño y los conocimientos adquiridos durante toda mi vida.

»Esa máquina ha obtenido el mismo resultado matemático que obtuvo tu padre con el cálculo. ¿Y quieres que piense que está loco?

—¿Por qué dices que vive?

—Su espíritu vive. Su cuerpo yace aquí. Pero su cuerpo es materia deleznable. Es su espíritu el que se ha ido con los «enfobas».

Anette se tornó pálida.

—En mi sueño algo me habló de los «enfobas» —musitó ella —. Ése es el nombre que dio el domingo mi padre a ese «algo» que decía haber

establecido contacto con él.

—Cuéntame tu sueño, Anette —suplicó Franky.

—Fue como una pesadilla. Me despertó algo así como una voz y me dijo muchas cosas... Yo era el eslabón entre mi padre y tú. Yo debía intentar uniros. Quería que me casara contigo y que llevásemos a mi padre a los Estados Unidos. Tú y mi padre debíais trabajar juntos.

—Hubiese sido un gran honor para mí, Anette. Pero el destino ha querido hacer las cosas de otro modo. Ahora es demasiado tarde para él. Aunque su trabajo no quedará inconcluso, yo te lo aseguro.

»Yo no pongo en duda que tu padre y tú hayáis tenido algo así como «revelaciones» sobrenaturales. No puedo definirlas aún de otro modo. Es evidente que...

—Pero ¿crees acaso que algo pudo ponerse en contacto conmigo durante mi sueño?

—Sí, lo creo.

—¡Yo estaba influenciada por la situación! Mi subconsciente me hizo sentir esa inexistente presencia. Yo no puedo creer que un sueño sea real.

—No hay base científica alguna, Anette —replicó Franky—. Pero recuerdo lo que nos dijo tu padre cuando paseábamos por el jardín, el domingo por la tarde.

—¿Y le creíste? —indagó Anette.

—Jamás creo o dejo de creer del todo. Le escuché, sencillamente. Nos dijo que algo llamado «Eoe» se le apareció, primero en sueños, y luego mientras estaba despierto...

* * *

«—Sé que es algo existente, Franky —dijo el doctor Charonne—. Yo he tenido muchos sueños en mi vida. Todos los hemos tenido. Al despertar, como si el subconsciente estuviese avergonzado de su fantasía, apenas si recordamos lo soñado.

»Con «Eoe» es distinto. Me acuerdo perfectamente de todo al despertar. Es como si sus palabras me las hubieran repetido cien veces.

»—En los Estados Unidos se ha ensayado con éxito un procedimiento de enseñanza durante el descanso —dijo Franky, sonriendo—. El alumno duerme sobre una almohada en cuyo interior hay un altoparlante que va musitando la lección grabada en un magnetofón. El sueño del alumno es real.

»Y se ha podido comprobar que, al despertar, recuerda un sesenta por ciento de lo que ha oído en sueños. Así se ha demostrado que duerme el cuerpo, pero no la mente.

»La verdad es que el sueño es algo que no hemos estudiado aún muy

bien.

»—Algo de eso puede haber ocurrido —asintió el doctor Charonne, viendo a su hija conversar, a pocos metros, con otro interno—. La matemática me ha demostrado que existen infinidad de dimensiones. ¿Por qué la nuestra es la única poblada por seres? ¿Y por qué seres de otras dimensiones desconocidas no pueden relacionarse con nosotros?

»«Eoe» me ha dicho que su relación conmigo se produce a través de una intensa concentración mental. Ellos son seres de índole muy distinta a la nuestra. Son «todo» mente. Su entelequia es muy aguda. Carecen de tiempo limitado.

»Me ha dicho que debió de transcurrir muchísimo tiempo para poder tomar conciencia de sí mismo y otro mucho mayor para establecer contacto con sus semejantes. Lo que a nosotros podría parecemos siglos, ellos lo realizan en fracciones de segundo.

»No emplea conmigo un lenguaje común. Se comunica por medio de ideogramas, Sus frases van dirigidas a mi mente, como si fuesen ideas que se me ocurren a mí mismo. Eso es lo asombroso. Cualquiera podría creer que estoy ideando una conversación conmigo mismo. Y no es así. Lo he comprobado. No he ideado nada.

»—Está usted aquí encerrado porque los psiquíatras creen que está loco —dijo Franky.

»—Deje eso, amigo mío. Que digan lo que quieran. Mi problema ha desbordado sus conocimientos. Si no quieren desprestigiarme, han de mantenerse en su diagnóstico, que es una sentencia de aislamiento relativo para mí. No quiero incurrir en el enojo de Varesse, ni de Frammer, porque ellos están convencidos de estar en lo cierto. ¡Pobres! Además, a mí no me importa estar aquí. Me dejan estudiar todo lo que deseo. Esto es un lugar tranquilo.

»En casa me agobiaba el problema de tener que ir diariamente a la Universidad... ¿Me comprende?

Anette se había acercado, sonriendo:

»—Ese hombre perdió el juicio en la última guerra. Se llama Charles Vimm y fue comandante. Dice que sufre depresiones. ¡Pobre hombre!

Franky miró al sujeto que acababa de hablar con Anette.

»—No siempre los locos están afectados por su enfermedad. Y tu padre no está loco.

»—He intentado sacarle de aquí —dijo ella, seriamente—. Pero las autoridades alegan que no ha cumplido el período reglamentario de observación. Si durante un año no ha sufrido papá ninguna recaída, le someterán al régimen tutelar y podrá salir.

»—No te preocupes, hijita —replicó el matemático—. No me interesa salir de aquí... ¡Ah, quiero que entregues a Franky todos mis cuadernos de

apuntes!

»—¿Tus cuadernos azules?

»—Sí, Anette. Franky tiene un cerebro electrónico que puede ser utilizado para comprobar si he cometido algún error en mis cálculos.

De ello habían hablado antes, en la habitación de Pierre Charonne. Pero Anette se mostró sorprendida, porque su padre jamás había querido que sus apuntes fuesen tocados, ni siquiera por la mujer de limpieza.

El doctor Charonne aún tenía algo más que decir:

»—Si me ocurriera algo, quiero que todos los apuntes que conservo aquí le sean entregados a Franky Spiro.

»—Sí, papá —admitió la joven.

Luego, durante media hora, Charonne había hablado de «Eoe» con Franky, explicándole cosas asombrosas e increíbles de un universo metafísico, que la muchacha no podía comprender y por lo que no pudo ocultar su fastidio.

* * *

El entierro de los restos de Pierre Charonne fue triste y silencioso. Estaba lloviendo sobre París, cuando los coches llegaron al cementerio. No era mucha gente la que acudió al sepelio. Algunos profesores de la Universidad, que fueron amigos del difunto, dos médicos psiquiátricos del Instituto, Franky y Anette... ¡Y el comisario Eugène Riquet!

La enlutada Anette permaneció todo el tiempo cabizbaja y sombría. Franky no se movió de su lado. Luego, los asistentes expresaron su pésame a la joven y se retiraron bajo sus paraguas.

El comisario Riquet fue de los últimos en marchar. Antes, habló unas palabras con Franky.

—La autopsia ha revelado claramente que Pierre Charonne murió víctima de una fuerte dosis de arsénico. Pero el análisis de la caja de bombones no indica que haya sido ése el medio empleado para matarle.

—¿Quién ha sido? —preguntó Franky, en voz baja.

—Lo ignoramos aún. Pero no tardaremos en averiguarlo. Puede estar usted seguro.

—¿Sospecha de alguien?

—Sí, de usted, de ella —Riquet señaló hacia donde estaba la silenciosa Anette—. De todos.

—¡Eso es injusto, comisario! —mascculló Franky.

—Lo siento. Ya nos veremos, señor Spiro.

Riquet se alejó bajo la lluvia. No llevaba paraguas y se cubría con un impermeable y un sombrero de fieltro.

El doctor Varesse y su acompañante, el doctor Frammer, estaban ahora

condoliéndose con Anette, cuando Franky se acercó.

—Ha sido una tragedia para todos nosotros —decía Varesse—. Debo hacer constar que apreciaba a su señor padre, cuyo desequilibrio mental era la consecuencia de un exceso de trabajo.

—¿Quién le administró el arsénico? —preguntó Anette, impensadamente.

—Yo estimo que fue él mismo —replicó Varesse—. Y el señor Spiro no me dejará mentir. Delante de mí le dijo por teléfono que sabía de su muerte inmediata. ¿No fue así, señor Spiro?

—Sí —admitió Franky—; así fue.

—Pero, si fue él mismo quien tomó el arsénico, alguien se lo facilitó.

—Eso es lo que intenta averiguar la policía —contestó el doctor Frammer—. Posiblemente lo tomó él mismo del laboratorio, aprovechando un descuido.

—No estoy de acuerdo con eso —intervino Franky, secamente—. El doctor Pierre Charonne sabía de antemano que le iban a matar, ¡no que fuese a quitarse la vida!

—¿Con qué derecho dice usted eso, señor Spiro? —preguntó Varesse, secamente.

—Prefiero reservarme ese derecho para exponerlo ante los tribunales. Sé que puede afectarles a ustedes, como numerarios del Instituto Psiquiátrico. Acabamos de enterrar a un hombre, cuya memoria debo respetar en nombre de la mujer que va a ser mi esposa.

»Pierre Charonne ha sido asesinado y no permitiré que se achaque su fallecimiento a suicidio. Y les diré más: ¡me consta que no estaba loco, aunque ustedes creyeran lo contrario!

—¡Se acordará usted de estas palabras, señor Spiro! —exclamó el doctor Varesse, dando media vuelta y alejándose, seguido de su compañero Frammer.

Consternada, Anette miró intensamente a Franky.

—No has debido decir eso.

—He dicho la verdad. Estoy convencido de que uno de esos hombres envenenó a tu padre.

—¿Por qué? —gritó Anette.

—No lo sé. No quiero pensar en que su dignidad profesional se vería seriamente quebrantada si se demuestra que encerraron a un hombre que era más inteligente que ellos... ¡Y tu padre era un genio!

—¡Por Dios, Franky! Yo no me atrevo a pensar que... ¡Ni siquiera la policía sabe nada!

—Debemos ir al Instituto a recuperar todas las pertenencias de tu padre.

—Después de lo que has dicho al doctor Varesse no esperes que te reciba con los brazos abiertos.

—No me preocupa eso. Necesito estudiar todo lo que tu padre escribió. ¡Quizás esté en ello la explicación de su muerte!

CAPÍTULO IV

Más que adivinarlo, Franky Spiro había intuido un diabólico plan para acabar con la vida de Pierre Charonne, hecho consumado ya y que había sumido a la desdichada Anette en una desconcertante tristeza.

Después del entierro de su padre, la joven se había encerrado en su casa, recibiendo allí los testimonios de pésame que iban llegando de las más lejanas universidades del globo, donde su progenitor había sido conocido.

Ahora se daba cuenta Anette de que su padre había sido más estimado de lo que ella creyó. En realidad, ella no había visto jamás al sabio sino al padre, con sus pequeños defectos humanos.

Hubo de ser Franky Spiro quien le abrió los ojos.

—Créeme, Anette. Tu padre era único. Ni siquiera el baldón que han intentado echarle encima, acerca de su presunta locura, podía mancharle. ¡Y ésta es la prueba! —Franky señaló las carpetas repletas de papeles que había sobre la mesita—. Tu padre plasmaba en números todo cuanto observaba. Incluso llegó a crear términos matemáticos propios que la ciencia habrá de cuidarse de desentrañar algún día y establecer su significado exacto.

—No acabo de comprender la razón de su muerte, Franky —observó Anette.

—Yo tampoco. Sólo «Eoe» podría dárnosla —dijo Franky.

—Pero ¿crees acaso en eso?

—«Eoe» es una razón metafísica, Anette. Se trata de alguien que está más allá de nuestra comprensión.

—¡Mi padre estaba trastornado y temo que todos nosotros nos volveremos como él! ¡Incluso tú!

—Yo quisiera establecer ese contacto, Anette. Tú has oído a alguien. Tu padre también. Él no puede ya contamos sus experiencias. Por eso yo te pediría que tuvieses un poco de confianza en él y en mí.

—Me hablas como si yo fuese una niña poco dócil —se lamentó ella.

—Eres una mujer sencilla, normal. Y no deberías ser así, dado que tu padre era extraordinario.

—¡Yo no puedo admitir que existan seres en otras dimensiones! ¡Ni siquiera admito una dimensión distinta a la nuestra! —exclamó Anette—. Lo siento. Yo no pertenezco a vuestro mundo.

Anette se había levantado y estaba erguida, delante de Franky.

—No te hablo de cuestiones sobrenaturales. Me refiero a causas

naturales que desconocemos. Yo no puedo negar lo que las matemáticas me han demostrado.

—¡Demuéstramelo a mí también! ¡Haz que yo crea!

Franky sacudió la cabeza negativamente.

—Ahora no puede ser. Eso se sitúa en la profunda formación matemática de la persona. Hay un límite que la gente normal, el noventa y nueve por ciento, no puede pasar. Hay que pasar días, meses, años, ejercitando la mente al sentido metafísico de las ecuaciones, ir más allá de todo lo conocido y cognoscible, para poder intuir esas verdades. Entonces, sí, los números nos demuestran verdades que parecen sutiles e impalpables.

—Quiero creerte, Franky. Por eso me aterra la idea de casarme contigo. Mi vida continuará siendo, poco más o menos, como era con mi padre.

El timbre de la puerta impidió contestar a Franky.

Anette dio media vuelta y fue al recibidor. Al abrir se encontró allí con el comisario judicial Eugène Riquet, quien la saludó con el sombrero en la mano.

—Buenas tardes, señorita Charonne. ¿Puedo hablar con usted?

—El señor Spiro está conmigo.

—Mejor. También quería hablarle a él.

—¿Ha descubierto usted algo más?

—Sí, algunas cosas —replicó el policía, entrando y dejando el sombrero sobre la mesita.

Se dirigieron al salón, donde Franky se levantó de su asiento, con el ceño fruncido.

—¿De nuevo por aquí, comisario?

—Sí, lo siento. Supongo que ustedes habrían querido estar solos. Mi presencia ha de ser inoportuna.

—¿Qué ha descubierto? —insistió Anette.

—Pues... No sé si debo aceptar el testimonio de un demente —dijo Riquet, tras una breve vacilación—. Desde luego, ante la ley, esa prueba no tiene valor.

—¿Qué es lo que quiere decirnos, comisario? —inquirió Anette.

—Se trata de un loco que hay en el Instituto Psiquiátrico. Se llama Charles Vimm, tiene cincuenta y dos años y perdió el juicio durante la guerra.

—Le conozco —dijo Anette—. Le he visto varias veces cuando iba a visitar a mi padre.

—Pues bien; —siguió diciendo el agente de la justicia—. Vimm ha confesado que echó «azúcar» en el agua del padre de usted.

—¿Azúcar? —preguntó Franky.

—Sí. Debió de ser arsénico, naturalmente. Eso ocurrió cuando su padre fue llamado al teléfono por el señor Spiro. Charles Vimm estaba allí. Se

sacó el «azúcar» del bolsillo y lo echó en el vaso. Cuando su padre volvió, tomó el agua, la bebió y murió.

»No me ha sido fácil interrogar a Vimm. Está completamente loco. Dice que el «azúcar» lo tomó del laboratorio. Se queja de que siempre le dan la leche sin azúcar. Él es goloso. Solía comerse los bombones que usted enviaba a su padre.

»Así, pues, en aquella ocasión, Vimm tomó algunos bombones de la caja que su padre de usted tenía sobre la mesita. Y como no tenía nada con qué recompensar al doctor Charonne, le «endulzó» el agua.

—¿Y quién envió a mi padre esos bombones?

—Fue una de sus antiguas alumnas. Una mujer respetable y casada, totalmente inocente. Hemos hablado con ella y su declaración nos ha convencido,

»En resumen. Analizado el «azúcar» que aún llevaba Vimm en el bolsillo, y que consiguió en el laboratorio, ha resultado ser arsénico. Por lo tanto, el caso ha de cerrarse como un accidente provocado por un loco.

—Yo no estoy de acuerdo con esa explicación, comisario Riquet —dijo Franky Spiro, secamente—. En primer lugar, el arsénico no debe dejarse en poder de un demente.

—¿A quién quiere culpar usted?

—A los responsables del Instituto.

—Bueno, eso es grave. He hablado con el doctor Varesse. Jura y perjura que Charles Vimm no pudo obtener el arsénico del laboratorio. Aquello está muy controlado y encerrado bajo llave.

»Vimm me ha dicho que él quería «azúcar» y aguardó la ocasión de conseguirlo, entrando en el laboratorio en el momento en que nadie le veía. ¡Por Dios, es difícil creer a un trastornado mental!

»Por ese motivo, ante la ley, el caso ha de ser forzosamente de muerte accidental.

—¿Y si alguien, por cualquier razón que se nos oculta, puso el arsénico en manos de Vimm?

—¡Eso sería monstruoso! ¡Nadie es capaz de calcular lo que un orate puede hacer! La lógica me hace suponer que Vimm mismo tomó el arsénico.

—Los locos no actúan de acuerdo con la lógica, comisario —replicó Franky—. Y quien más los entienden son, precisamente, los psiquíatras.

—Mucho me temo que tenga usted algún resentimiento contra el doctor Varesse y sus colegas, señor Spiro. Lo siento. No quiero molestarles más. Para nosotros, el caso se cierra, a menos que surja alguna otra prueba más determinante.

—Está bien, comisario. Gracias por avisarnos —dijo Anette—. Permítame acompañarle a la puerta.

—No se moleste, señorita; conozco el camino. Buenos días, señor Spiro.

* * *

—Hola, amigo Franky. Te agradezco mucho todo lo que estás haciendo por mí. La verdad es que no vale la pena ya. De la muerte no vuelve nadie.

Franky no se asombró siquiera al escuchar, dentro de su mente, las ideas que le formulaba el doctor Charonne, procedentes, al parecer, de otra dimensión distinta.

—Nadie vuelve, doctor. ¿Dónde está usted?

—No lo sé, créeme. Pero tenía necesidad de comunicarme contigo. «Eoe» y «Deue» me han ayudado. Su esfuerzo mental me sirve para explicarte la verdad.

»Mi muerte es el mero capricho de un hombre envidioso. Se llama Kurt Frammer, y es psiquíatra, amigo de Varesse. Él facilitó a Vimm el arsénico, dándoselo como azúcar. Fue un asesinato premeditado. Él conocía bien a Vimm.

—¿Y qué motivos tenía Frammer para matarle a usted?

—Quería protegerse. Él fue de los que dictaminaron mi enfermedad mental. Debía tener dudas. Su prestigio estaba en juego. Si yo demostraba que no estaba loco, como podía hacer fácilmente, su prestigio quedaría en ridículo. Es un hombre encumbrado, psiquíatra forense, un pobre hombre, vanidoso y sin escrúpulos, al que admiran sus colegas... Pero un farsante en realidad que ha hecho encerrar a muchos inocentes.

—¡Ese hombre debería ser castigado!

—Lo será. Pero no merece la pena. Yo le estoy agradecido por lo que ha hecho conmigo.

—¡Le ha quitado la vida!

—Me ha despojado del agobiante lastre de mi cuerpo. Ahora puedo actuar libremente. Ahora comprendo el mundo maravilloso de la verdad absoluta. Y eso es un privilegio especial que me ha concedido Dios.

»¡Cuán insignificantes somos los mortales, Franky Spiro! Intuimos sólo una milésima parte de la gran verdad. Lo demás, lo ignoramos. ¿Puedes creer que, dentro de vuestro mundo, existen infinidad de mundos distintos que no podemos ver ni palpar? ¿Puedes creer que existen seres de todas las especies, que se mueven en torno a nosotros y ni los presentimos siquiera?

»Los más privilegiados de todos son los «enfobas», que sólo pueden ser comparados a espíritus puros. No son más que «razón», «lógica», «verdad». Carecen de cuerpo y de mente. No tienen nada más que intelecto.

—¿Y dónde están?

—En ninguna parte tridimensional. Se mueven dentro de cauces de

corrientes siderales. Son haces de fuerza intelectual que se dirigen a un punto llamado la barrera universal. Ése parece ser su destino. Su origen es inexistente. Tal vez estuvieron siempre en estado amorfo, inertes, y se van recuperando.

»Esto es lo maravilloso. Adquieren conciencia de «seres», y lo son. Conocen la verdad absoluta del todo, os ven y os hablan, aunque necesitan una gran concentración «mental» para establecer contacto con vosotros.

»Habéis de contar con ellos, Franky. Los necesitáis. Vuestro mundo está modificándose. Sin la ayuda exterior que los «enfobas» os pueden dar, la humanidad puede desaparecer el día menos pensado.

»Por eso te llamo. Y no es lo que temen los hombres de ciencia, que ocurra una hecatombe atómica. Todavía no han descubierto los hombres los medios para desintegrar el mundo. Aunque estallasen a la vez todas las bombas atómicas fabricadas por el hombre, el planeta seguiría intacto y no se extinguiría la vida.

»El peligro de que te hablo es otro. Se trata de una disociación universal, una especie de enfermedad física que desuniría los átomos. Los planetas pueden disgregarse. Están compuestos por átomos que se atraen unos a otros de modo muy precario. Ésa es la verdad. Yo la vislumbré en vida, al estudiar la relación matemática del origen humano.

»Debo explicarte que vosotros conocéis un universo tridimensional. Esto se formó hace cientos de millones de años, billones de siglos, y fue un cambio físico de la materia, que pasó al predominio del hidrógeno, o sea la base monovalente del cosmos. La combinación de los átomos del hidrógeno creó a los demás elementos de la materia. En esencia, ni siquiera el hidrógeno es materia. Es fluido mutable. Hidrógeno sois vosotros. Uniendo electrones y protones a los átomos, se forma el oxígeno, el nitrógeno, etc.

»Y ése es el peligro. Porque quitándole el electrón al átomo de hidrógeno, toda la materia quedaría transformada inmediatamente. El misterio de esa amenaza hay que buscarla en la misma composición radioactiva del hidrógeno, o sea en su misma composición isotópica. Los científicos han descubierto elementos del hidrógeno que entran en su composición, como son el «protio», el «deuterio» y el «tritio».

»Pues bien, Franky. El peligro de que el universo tridimensional se transforme está en el hidrógeno, cuya «generación» puede producirse alguna vez. Entonces se transformaría todo lo conocido por tres dimensiones, desapareciendo detrás de la barrera universal, para que otros individuos, que podrían ser los «enfobas», ocupasen el predominio.

»Esto no es probable que ocurra dentro de los cien mil millones de siglos próximos, y a vosotros no os puede afectar en vida. Pero en el concierto del infinito, esos ciclos se han de producir.

—¿Por qué me advierte, entonces, doctor Charonne?

—La Humanidad debe estar informada de la verdad. Ésa es la razón de nuestra existencia. Luchamos por conocer la verdad, de lo contrario no existiría el proceso.

Y por la verdad se mata y se muere.

»Tú conoces la verdad. Tienes que demostrarla. Tú puedes hacerlo. Tu «IBZ-33» es maravillosa. Que no te ocurra como a mí. Pelea, Franky. Encontrarás seres que intentarán polemizar contigo, equivocados, retrógrados y en su controversia pretenderán hacerte daño. Es la forma de lucha de los mezquinos, que no vacilan en nada por vencer en su deleznable existencia, que matan, con medios viles y arteros, sólo por conservar un prestigio que les facilita una existencia más cómoda, apegados a lo material, a la codicia, a la envidia y al odio.

—¿Como el doctor Kurt Frammer? —preguntó Franky.

—Sí, como él. Indujo al infortunado Charles a darme el arsénico. «Eoe» me avisó, para evitar mi muerte. Yo, sin embargo, bebí el agua envenenada. Frammer quedó así satisfecho y su dignidad profesional estaba a salvo. Si yo era examinado por otros doctores, como los que tú me hubieses enviado, para mi traslado a los Estados Unidos, él habría quedado en ridículo. Posiblemente, habría sido el fin de su carrera.

»Además, yo quería establecer contacto con «Eoe» y «Deue». Estoy intentando, por cálculo, cuál es el origen de los «enfobas». Quizá podamos saber si se hicieron antes o después que los «humanos». Eso es importante para ellos.

* * *

Anette regresó a los pocos minutos de acompañar al comisario judicial a la puerta, encontrándose con un Franky Spiro notablemente demudado.

—¿Qué te ocurre, Franky?

—Acabo de hablar con tu padre —dijo él, balbuciente.

Ella lanzó un grito y retrocedió unos pasos, atónita.

—¿Qué...?

—No te sobresaltes, Anette, ¡por Dios! No hay nada extraño en esto —replicó él, poniéndose en pie—. No obedece a ninguna causa sobrenatural, sino a razones que nosotros no podemos comprender. Tú escuchaste a alguien, según me dijiste. Yo he escuchado a tu padre.

—No... Mi padre está muerto... ¡Sólo tuve un sueño!

Franky se acercó a la joven y la tomó en brazos. Ella temblaba.

—Escucha, Anette. Tu padre era un hombre muy inteligente, genial, mejor dicho. Por esto le ha sucedido algo que no ocurre a los demás mortales. Me ha explicado muchas cosas que yo ignoraba. Incluso me ha

dicho cómo murió.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí. Fue una maquinación ideada por el doctor Kurt Frammer, del Instituto Psiquiátrico de Charenton.

—Pero... ¿por qué?

—Ese individuo examinó a tu padre. Él hizo que fuese encerrado en el manicomio. Luego, al tenerle allí y viéndole comportarse como un hombre normal, temió una investigación que le hubiese costado el cargo y, posiblemente, la anulación de su doctorado. Temió por su prestigio profesional y recurrió a uno de los internos, a Charles Vimm, para que administrase a tu padre el arsénico.

—¡Qué horrible conjura!

—No quedará impune. Avisaremos al comisario Riquet y ese psiquíatra será castigado. Esperemos que Riquet encuentre las pruebas de su culpa. Sin embargo, eso no devolverá la vida a tu padre.

»Quiere que yo reanude sus trabajos. Me ha dado una serie de orientaciones para demostrar algunas importantes teorías...

—No puedo creerlo, Franky.

—Es cierto. Yo no lo he soñado. Él se ha comunicado conmigo, valiéndose de esos seres que le ayudan.

—Yo he oído a uno de ellos... ¡Y no puedo creer que existan!

Franky besó a la joven en la mejilla y sonrió.

—Hay muchas cosas que están más allá de nosotros.

Y no por incomprensión nuestra dejan de ser ciertas. Perdona. Avisaré al comisario Riquet.

—Acaba de salir.

—Llamaré a su oficina y ellos me pondrán en contacto con él. Lleva radioteléfono en el coche.

Efectivamente, llamando al despacho de Riquet, a los pocos instantes, dada la urgencia de la llamada, Franky logró comunicarse con el comisario.

—¿Comisario Riquet?... Soy Franky Spiro. Quiero darle una información importante. No me pregunte cómo lo he sabido, pero tengo motivos para saber que es cierto.

»Usted puede comprobarlo, si lo desea. Mi obligación es informarle. Sé que el doctor Charonne fue asesinado por el doctor Kurt Frammer, quien indujo a un demente a echar arsénico en el agua del doctor.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó el comisario, alarmado.

—No se lo puedo decir.

—¡Está usted haciendo una acusación muy grave, señor Spiro!

—No acuso a nadie. Sólo le informo a usted. Carezco de pruebas de lo que digo.

—Entonces, no puedo hacerle caso. Lo siento.

—¿Y va usted a dejar impune un asesinato?

—¡Déme pruebas de lo que dice!

—Le doy un nombre concreto: Kurt Frammer. Hable usted con él y dígale que sabe cómo hizo matar a Charonne. Dígale que Charles Vimm, el oficial del ejército interno, hizo lo que él le mandó. Observe usted la reacción de Frammer y juzgue luego.

—Lo siento. Si no me dice cómo ha obtenido esa información, no puedo tenerla en cuenta. Para nosotros, el caso se ha cerrado ya. Se trata de un accidente.

—¡Eso era lo que Frammer se proponía! ¡Pero yo sé que es un asesinato! Escuche, comisario. No se trata de ocultismo o magia. Hay cosas que el hombre no puede comprender, porque están por encima de su conocimiento. Con los años, la ciencia irá descubriendo esas leyes y la verdad de muchas cosas nos será revelada. A mí me ha sido revelado algo que, como usted dirá, no tiene fuerza delante de la justicia. Sin embargo, es una base. Investíguela usted y observe el resultado.

Tras una breve pausa, el comisario Eugène Riquet respondió:

—Está bien, Spiro. Iré a ver a Frammer. Pero estoy seguro de perder el tiempo.

* * *

Una hora después, Eugène Riquet regresaba al piso de Anette, profundamente perplejo. Franky estaba en el despacho que fuera de Pierre Charonne, examinando un cuaderno de apuntes. La joven abrió la puerta al comisario y le condujo a donde estaba Franky.

—Frammer se ha suicidado —fue lo primero que dijo Riquet.

—¿Eh?

—Confesó la verdad. Era lo que usted dijo. Y me amplió los detalles. El único irresponsable es Charles Vimm, a quien no podemos hacer nada. Está auténticamente loco. El doctor Varesse ignoraba lo sucedido, pero me ha confesado que siempre dudó de la locura de su padre de usted.

—¡Es increíble! —exclamó Anette.

—Ahora, señor Spiro, me gustaría saber cómo obtuvo usted esa información. Es importante.

—Lo siento, comisario. No va a creerme usted y no deseo correr el riesgo de perjudicar mi reputación. La explicación que puedo darle es tan extraordinaria como lo ocurrido. Hágase usted cargo que el doctor Charonne era un hombre excepcional, de quien hablará la ciencia durante muchos siglos.

—¿Tan extraordinaria es esa fuente de información, Spiro?

—Procede del más allá —contestó Franky, secamente.

Eugène Riquet no sonrió siquiera. Parecía como si hubiese esperado aquella explicación. Estrechó la mano de Franky y de Anette y abandonó la casa. Para él, la muerte de Charonne había quedado aclarada. Sólo tenía que dar explicación natural de los hechos.

SEGUNDA PARTE

Un orificio en el tiempo permite
ver la multidimensión universal.

CAPÍTULO PRIMERO

Ocurrió cuando Anette Spiro fue a contestar al teléfono. La infantil habitación de Peter estaba en el primer piso. La madre sólo tenía que descender la escalera. A veces, se sentaba en un peldaño, introducía el brazo por entre los hierros de la barandilla y agarraba el auricular. Casi siempre la llamaba Franky desde el laboratorio de la «Mayer Standard Co.».

En aquella ocasión, era Dali March, esposa de Al.

—¿Anette?

—¿Eres tú, Dali?

—Sí. Acabo de encargar la cena en el restaurante. La traerán a las once.

—Estoy vistiendo a Peter. Estaré lista dentro de media hora.

—No hace falta que corras tanto. Nuestros importantes maridos no pasarán a buscarte hasta las diez y media. Siempre hay que contar con una demora.

—De acuerdo. Pero sigo insistiendo en que la fiesta del cumpleaños de Peter debería celebrarse aquí, en mi casa —argumentó Anette, con difícil acento americano—. Es muy cómodo para vosotros.

—¡No seas egoísta, Anette! Vosotros sólo tenéis un niño y no os cuesta nada venir aquí. Yo tengo que trasladar a seis hijos.

Anette sonrió divertida. Conocía a todos los March. Eran una impresionante familia.

—No te enfades. Ya está decidido.

—Eso te permitirá conservar más tiempo las alfombras —siguió diciendo la voz de Dali March, festiva—. Te llamaba para lo del vino. No te olvides de traer la botella de «Pommare». Albert sufriría un disgusto.

—Descuida, Dali. La tengo preparada sobre la mesa de la cocina.

—Nada más. Adiós, Anette.

—Adiós, Dali.

Anette Spiro sonrió y colgó el auricular. Miró escaleras arriba y frunció el ceño, como si hubiese tenido una premonición. Peter no se oía y lo

normal era que estuviese lanzando berridos.

Se frotó las manos en el delantal, como si hubiese tocado agua en vez del teléfono, y subió escaleras arriba. Tenía que terminar de vestir al pequeño Peter, que era el alma de la fiesta, de la casa y de su corazón.

Su hijo Peter había cumplido un año. Por esto se reunían las dos familias amigas. El acontecimiento era importante.

Anette regresó al cuarto.

El niño no estaba sobre la toalla extendida en el lecho.

El corazón le dio un vuelco a la madre, quien dirigió instintivamente la mirada hacia la ventana, la cual estaba cerrada.

—¡Peter! —exclamó —. ¿Dónde te has metido, diablo?

Se agachó y miró debajo de la cama. Allí tampoco estaba el niño.

Nerviosa ya, Anette removió las ropas del lecho infantil, abrió cajones, salió al pasillo y miró las puertas, para terminar corriendo hacia el cuarto de baño, temiendo que Peter hubiese regresado arrastrándose para juguetear en el agua tibia.

Tampoco estaba en el baño... ¡Ni en el dormitorio del matrimonio! Y las puertas de los dos cuartos vacíos estaban cerradas.

—¡Peter! —gritó la madre, ya asustada—. ¿Dónde estás?

El niño no había podido salir del piso. De haber bajado la escalera, ella le habría visto. ¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba su hijo?

Volvió al cuarto del niño y allí, angustiada ya, empezó a removerlo todo con desesperación, como si fuese posible que un bebé de un año se pudiera ocultar detrás de un osito.

Su grito salió ya desgarradoramente.

—¡Peter, no...! ¡Peter, por el amor de Dios!

Mesándose los cabellos ante lo incomprensible, salió al pasillo y descendió la escalera, temiendo que el niño hubiese bajado a gatas, cosa improbable, pasando ante ella, mientras hablaba con Dali March, y estuviera ahora en el salón.

Sin embargo, Peter no estaba en el salón, ni en el vestíbulo, ni en la cocina... ¡No estaba en ninguna parte!

¡Y ella lo había dejado perneando, sobre su lecho, a medio vestir, después de haberle dado un baño!

Demudada ya, Anette Spiro corrió desesperadamente hacia el cuarto del niño desaparecido. Allí abrió la ventana, presionando los muelles, para alzar el cristal, cosa que no podía hacer Peter, ni nadie, desde el exterior.

Y su grito desesperado se extendió con toda la angustia de una madre en trance de volverse loca.

—¡Peter! ¡No puede ser!

Volvió a salir, dejando la ventana abierta. Bajó las escaleras de dos en dos y saltó sobre el teléfono, como una pantera sobre su presa.

Nerviosamente, marcó el número que sabía de memoria.

—¡Franky, por el amor de Dios!

—¿Qué ocurre, señora Spiro? —le respondió una voz—. Su esposo acaba de salir con el señor March. Deben de estar en camino.

—¡Llámenle...! ¡Llamen a la policía! ¡Hagan algo! ¡Mi hijo ha desaparecido!

Sin poder resistir más, Anette soltó el auricular, que golpeó contra la mesita, y ella se dejó caer de rodillas, hecha un ovillo, sollozando intensamente.

El timbre de la puerta zumbó con insistencia en aquel momento.

Anette se levantó de un salto, como estimulada por un circuito eléctrico, y fue corriendo hacia la puerta, abriéndola. Afuera estaba Clovis, su vecina más próxima, una mujer de color, bien parecida y de ojos grandes.

—¿Qué ocurre, señora Spiro? —preguntó la negra, alarmada—. La he oído gritar...

—¡Mi hijo, Clovis! ¡Lo he dejado en su cuarto y...! ¡Ha desaparecido!

—¡No!

La vecina entró en tromba dentro de la casa, para correr escaleras arriba, mientras Anette, destrozada ya, se agarraba al marco de la puerta y ocultaba el rostro entre las manos, gimiendo y temblando.

Clovis Ellisworth había sido enfermera en un hospital de Boston, antes de casarse. Era joven y tenía temple. Sin embargo, la ventana abierta del cuarto del pequeño Peter la confundió. Bajó inmediatamente la escalera y tomó el descolgado teléfono, presionando la horquilla y marcando el número de la policía.

—¡Por favor, éste es el número 204 de Maryland Street! ¡Acudan cuanto antes! ¡Han raptado al hijo del ingeniero Spiro!

—Acabamos de recibir esa llamada, señora. Un coche patrulla va hacia ahí. Nos han avisado del laboratorio electrónico de la «Mayer Standard Co.» hace un instante. Quiere darme su nombre y dirección.

—Sí, sí... Soy Clovis Ellisworth. Vivo en la casa contigua, en el número 202.

—¿Qué ha ocurrido? Hemos intentado llamar y el teléfono estaba descolgado.

—He oído gritos de la señora Spiro —contestó Clovis—. He acudido y me he encontrado con una mujer descompuesta. Está aquí, llorando y temblando.

—Atiéndala, por favor. El coche del sargento Sparrow estará aquí dentro de unos minutos.

—Sí, gracias.

Clovis dejó el teléfono y fue hacia Anette, la cual se estremecía

violentamente, haciendo temblar la puerta a la que estaba sujeta.

—¡Vamos, señora Spiro! ¡Encontraremos a Peter! ¡No se lo tome usted así!

—¡Ha desaparecido! ¡Se ha volatilizado, esfumado!

—Los raptores no han podido ir muy lejos. ¿Dónde estaba usted?

—¿Raptores? —Anette se volvió a la negra con ojos muy abiertos—. ¿Qué raptores? ¡No es posible que le hayan raptado! ¡Ha desaparecido!

Clovis no hizo caso a estas palabras. Sujetó a Anette y la llevó hacia una butaca.

En aquel mismo instante, la sirena de un coche de policía empezó a oírse. Poco después, atronaba todo el lugar, cesando con un violento chirriar de neumáticos.

Más gente entró en la casa. Eran dos mujeres y un muchacho de doce años, todos muy alarmados. La policía apareció tras ellos. Tres agentes con uniformes azules.

Un sargento, seguro de sí mismo, alto y de facciones angulosas, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Ha desaparecido un niño —dijo Clovis.

Las otras mujeres lanzaron gritos de asombro.

—¿El pequeño Peter? —preguntó una.

—¡Mi hijito, mi hijito, mi hijito! —repetía Anette con su peculiar acento francés.

—Bueno, un poco de calma, señoras. ¿Es usted la madre?

—Sí.

—¿Dónde estaba el niño? ¿Qué edad tiene?

—Arriba, en su cuarto. Sonó el teléfono...

—Andy, sube arriba y echa una ojeada. Será mejor que ustedes salgan... ¡No dejes entrar a nadie más, Colbert!

—Sí, sargento.

—Denle algo a esta mujer. Se va a desmayar... No se preocupe, señora. Nosotros encontraremos a su hijo. ¿Cuándo ha ocurrido?

* * *

Franky Spiro y Albert March detuvieron el «Fordogger» junto al coche patrulla. La expresión de ambos hombres se había nublado al ver la gente agolpada ante el jardín de la casa de Spiro.

—¿Qué ha podido ocurrir? —preguntó Albert March.

Franky no respondió. Abrió la portezuela del coche y salió corriendo hacia su casa, seguido de su compañero.

—¡Oh, señor Spiro; qué desgracia!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Franky, con voz ahogada, agarrando del brazo a una de las mujeres.

—Su hijito Peter... ¡Se lo han llevado!

—¿Llevado? ¿Adonde? ¿Quién? —Franky no terminó sus preguntas ni esperó respuesta alguna.

Se abrió paso a empujones, hasta alcanzar la puerta de su propia casa, donde un agente de uniforme le interceptó el camino.

—¿Quién es usted?

—Soy Franky Spiro... Vivo aquí... ¿Qué ha sucedido a mí...?

El agente Colbert se ladeó, dejándole pasar, a la vez que decía:

—Sargento Sparrow, aquí está el señor Spiro.

El sargento Sparrow apareció en la puerta del salón. Llevaba una libreta de notas en la mano y parecía preocupado.

—Lo siento, señor Spiro. Pero no se alarme. Encontraremos a su hijo. Es imposible hablar con su esposa.

—¡Anette! —gritó Franky.

En la puerta, Albert March discutía con Colbert su derecho a entrar en la casa, alegando ser amigo de la familia y compañero de trabajo del ingeniero Spiro. Al final, Colbert le dejó pasar. Dedujo que March había llegado, con Spiro.

Anette, al escuchar la voz de su esposo, salió del salón. Ambos se abrazaron, gimiendo de angustia.

—¿Quién es usted? —preguntó, entonces, Sparrow a March.

—Trabajó con Franky. Acabamos de llegar. Íbamos a cenar a mi casa. Celebramos el cumpleaños de Peter Spiro. ¿Qué acontece, sargento?

—¡No se lo ha llevado nadie, Franky! —gritó Anette—. Simplemente, ha desaparecido... ¿Te das cuenta? ¡Eran las nueve y diez...! Hacía exactamente un año que nació. ¿Lo recuerdas? Me llamó Dali y acudí al teléfono. Cuando volví a subir, ¡ya no estaba!

—¿Encontró usted la ventana abierta, señora Spiro? —preguntó el sargento Sparrow.

—¡Nooo! ¡Estaba cerrada! ¡Peter no había podido salir! ¡La ventana la abrí yo!

—Por favor, Anette, sosiégate —suplicó Franky, zarandeando a su mujer de los brazos—. Hay que tener calma. Peter tiene que aparecer. Quizás esté escondido en algún armario. Yo miraré...

—Lo hemos registrado todo —contestó Sparrow—. La única explicación plausible es que se lo hayan llevado. Si nos ayudan ustedes, lo encontraremos, se lo aseguro.

—¿Es que no me entendéis? —gritó Anette, abrazándose con fuerza a su esposo—. ¡Peter se ha desvanecido, volatilizado, esfumado! ¡Nadie ha podido llevárselo, porque yo estaba aquí! ¡Se ha ido!

El sargento Sparrow miró significativamente a Franky Spiro.

—Está trastornada, señor. Comunicaré al cuartel general y movilizaremos el Departamento criminal. Aquí se ha producido un rapto. Tenemos detectives especialistas en estos asuntos que...

—No conseguirán nada, sargento —musitó Franky, bajando la mirada y acariciando la cabeza de su esposa—. Anette tiene razón. Peter ha sido llevado al más allá... ¡No le volveremos a ver más!

El sargento se rascó la cabeza, debajo de la gorra. Se encogió luego de hombros y dio media vuelta.

—Quédate aquí, Andy. Voy a comunicar con el H.Q. Habremos de movilizar la sección.

* * *

La policía tomó la casa por asalto. Durante seis horas estuvieron examinando la habitación del bebé desaparecido. Registraron la casa de extremo a extremo, examinaron los alrededores, el tejado, la parte trasera y no dejaron ni un centímetro cuadrado sin escudriñar.

Al frente de aquel nutrido equipo había un teniente de policía llamado Bill Harper que interrogó a Franky y Anette hasta la exhaución, incansablemente, hiriente a veces, conmovedor otras.

—No acepto ese fatalismo de ustedes... ¡Y menos creo en poderes sobrenaturales ni ocultistas! Aquí había un niño de carne y hueso. No ha podido esfumarse como ocurre en los teatros de magia. Si se ha ido, ha tenido que dejar un rastro, una huella, algo.

—Se ha ido —musitó Franky—. Temíamos que eso pudiera ocurrir. Se nos dijo.

—¿Quién?

—No podemos revelarlo. Lo siento.

—¿Se dan cuenta de que con su actitud se hacen cómplices de secuestro?

—No hay tal secuestro, teniente Harper —replicó Franky, angustiadamente—, se lo aseguro. Sencillamente, ha sido trasladado a otra dimensión.

—Sé que es usted un hombre de ciencia muy respetado. Sin embargo, jamás había escuchado nada semejante. ¿Es posible que un ser humano desaparezca sin dejar huella?

—Para los conocimientos actuales del hombre, no, no es posible. Pero hay verdades que nadie ha descubierto aún. Yo sé lo que digo, y no me tome por loco.

—¡Es inaudito! —estalló Bill Harper—. La resignación de ustedes es incomprensible. Me consta, según el informe del sargento Sparrow, que la

señora Spiro armó un gran alboroto cuando desapareció el niño. Sin embargo, ahora, aunque apenada, no parece dispuesta a colaborar con nosotros para encontrar al pequeño Peter.

—Se lo he repetido más de cien veces, teniente Harper —habló Anette, con voz ahogada—. Fue la lógica reacción de madre. Le busqué por toda la casa, por si sólo era una travesura. Cuando me he convencido de que se ha ido, ya sabía yo que no volvería a verle.

—¿Quién le avisó que el pequeño iba a desaparecer?

—Mi padre —contestó Anette.

—¿Dónde está su padre?

—Muerto.

Bill Harper había intervenido en numerosos casos de rapto. Jamás, empero, había tratado uno tan difícil como aquél.

—¿Pretende hacerme creer que un muerto ha hablado con usted?

—Escuche, teniente Harper —intervino Franky—, lo crea o no, Peter debía irse a un lugar, por llamarlo de algún modo, donde ha de ser preparado mentalmente para servir de enlace entre los «enfobas» y los humanos.

»Esta historia empezó hace mucho tiempo, en París, cuando vivía mi suegro. No sé si habrá oído hablar usted de Pierre Charonne, el gran matemático francés, muerto en París hace dos años.

—¿Pierre Charonne era su padre? —preguntó Harper, mirando a la señora Spiro.

—Sí. Se reivindicó su genialidad, poco después de su muerte. Había sido injustamente encerrado en un manicomio. Mucho se ha hablado de Charonne desde entonces, pero no se ha dicho todo. Y, en especial, poca gente sabe que su hija está casada conmigo.

»Le digo esto para que comprenda que mi hijo es el nieto de un hombre importante.

—Que ya está muerto y que no puede secuestrar a nadie —aclaró el teniente.

—En eso se equivoca. ¿Sabe usted, acaso, lo que es la muerte, teniente?

Harper se envaró.

—Estamos en el año 1972, ingeniero. Y tengo treinta y nueve años.

—Veo que no me ha comprendido. Si hace cien años hubiesen preguntado a alguien qué era la televisión, su respuesta habría sido un encogimiento de hombros —explicó Franky, pausadamente—. Preguntar ahora a usted si sabe lo que es la muerte tiene el mismo sentido que antaño preguntar por la T.V.

»Y, sin embargo, la muerte es tan natural como la vida. Al morir, el espíritu se libera del cuerpo y va al más allá a responder de sus actos en la tierra. ¿De qué se sonríe, teniente? Eso se lo dirá cualquier niño de seis

años.

—Siga, admito que no me viene mal una lección de religión. Ocurre, sin embargo, que aquí investigamos una desaparición física, a menos que el niño esté muerto ya.

—Si me escucha usted le demostraré que le estoy hablando de leyes físicas que hasta ahora el hombre no había logrado comprender. Y que, por primera vez en la historia de la humanidad, ha sucedido algo puramente metafísico, o sea que el poder mental, sensorial o intelectual de seres que están en otra dimensión distinta ha podido burlar las leyes de la física clásica, llevándose un cuerpo sólido a su... espacio, porque no se le puede llamar mundo.

Una sonrisa fluctuaba en labios de Harper.

—Se lo han llevado con su jersey de lana, ¿eh?

—Sí, eso es. Un jersey blanco —replicó Anette.

—¿Y sus botas de piel?

—Y sus botas de piel.

—Muy fácil. ¿Y se imaginan ustedes que yo voy a redactar un informe con esas patrañas para mis jefes?

—No debe usted hacerlo. Si alguien nos pregunta, negaremos totalmente lo que hemos dicho —dijo Franky, tajante—. Sólo he intentado hacerle comprender una verdad que no está usted en condiciones de comprender.

Con el ceño fruncido, Harper se puso en pie.

—Temo que habré de enfocar este asunto como un caso de infanticidio.

—¡No! —gritó Anette—. ¡No añada usted más complicaciones a nuestras vidas! ¡Díselo, Franky! ¡Muéstrale el emisor dimensional! ¡Que hable con ellos y nos deje en paz!

—No tengo derecho a divulgar secretos que no me pertenecen, Anette —dijo Franky—. Además dudo que sirva de mucho. El teniente no creerá ni una palabra de lo que oiga. El no comprende que existan dimensiones distintas a la nuestra y que de una de ellas llegue la voz de tu padre hasta nosotros.

Una sonrisa se extendió en los labios de Bill Harper,

—Y ¿por qué no me enseñan eso? ¿Qué es? ¿Un aparato de magia negra?

—Lo siento, Anette. Si es necesario, compareceré ante un tribunal, acusado de complicidad en la desaparición de mi propio hijo. Pero el secreto de «Eoe», «Deue» y tu padre no puedo revelarlo a nadie, hasta que no me autoricen.

—Si el niño no aparece en un tiempo prudencial, tiempo que la ley establece en cuarenta y ocho horas —declaró Harper—, pueden tener la seguridad de que serán arrestados. Mientras tanto, no pueden salir de esta

casa.

—¿Es una amenaza, teniente? —preguntó Franky, enérgico.

—Es el cumplimiento de mi deber. La ley es la ley.

—Recuerde que me llamo Franky Spiro y soy alguien en este país, teniente. Cuando se vuelquen sobre usted y sus jefes todos los rectores de las universidades de la nación, puede que sea tarde para cambiar de opinión... ¡Va a intervenir hasta el presidente!

—¡Pues ni el presidente podrá impedirme que cumpla con mi deber, señor Spiro! —gritó Harper, frenético—. Y, si no puedo meterles a los dos en prisión, al menos lograré que vayan al manicomio... ¡Porque todo cuanto han dicho aquí, esta noche, ha quedado grabado en nuestros servicios de comunicaciones indirectos! ¡Y será una excelente prueba!

CAPÍTULO II

Pese a desplegar un servicio de gran número de agentes para seguir los pasos de Franky Spiro, la policía se estrelló ante la inexpugnable barrera montada por el servicio de vigilancia de la «Mayer Standard Co.», a donde se dirigió el ingeniero electrónico a la mañana siguiente a la desaparición de su hijo.

Los detectives apostados ante la mansión de los Spiro, al verle salir, avisaron al teniente Harper, quien ordenó fuese seguido.

Y Franky se dio cuenta del seguimiento, pero no hizo nada por eludirlo. Cuando llegó, media hora después, a la zona industrial, donde estaba instalada la factoría, atravesó los controles sin impedimento alguno. Era allí sobradamente conocido.

En cambio, la policía no pudo entrar, aunque tampoco lo intentaron. Aquel lugar era «top secret», incluso para los agentes de la autoridad, los cuales se limitaron a informar por radio a Harper. Éste, a su vez, recabó permiso especial para penetrar en los laboratorios de la «Mayer Standard Co.», alegando razones oficiales. Pero el permiso le fue negado tajantemente.

—Lo siento, Harper —le contestó el comisionado—. Ese lugar es «tabú» para nosotros. Y mucho me temo que el fiscal no esté de acuerdo con tus informes.

—¿Acaso esos científicos son intocables? —preguntó Harper, escandalizado.

—Prácticamente, sí.

—¡Un niño ha desaparecido! —exclamó Harper—. La declaración del padre no es convincente para mí y tengo motivos para creer que pueda encontrarse el niño en algún lugar de esa factoría.

—Nadie puede entrar o salir de allí sin pasar por el control, Harper.

—¡El coche de Spiro no se registra! —insistió el teniente.

—Y ¿qué quieres que te diga? Intenta entrar allí y verás lo que ocurre.

Desde luego, Bill Harper no intentó entrar en el recinto de la «Mayer Standard Co.», pero ordenó que sus hombres no se movieran de las inmediaciones, a la espera de la salida de Spiro.

Éste, por su parte, se dirigió al edificio central, donde estaban las oficinas técnicas, para sostener una entrevista con Albert March, que se le había anticipado, y con uno de los jefes de coordinación, llamado Yates.

La conversación estaba relacionada con la desaparición de Peter Spiro.

—Lo lamento muchísimo, Franky —dijo Yates al ver entrar a su amigo

y colaborador —. Al me lo ha contado todo. ¿Qué piensas hacer?

—Hablaré con «Eoe» y «Deue», utilizando el emisor dimensional.

—Está bien, hazlo. Intenta averiguar su verdadero propósito. Te facilitaremos toda la energía que sea precisa.

—¿Por qué, Franky? —preguntó March—. ¿Esperas que te lo devuelvan? ¡No lo harán y tú lo sabes! Ya conoces sus propósitos. En realidad, es un alto honor para ti.

—¡Es mi hijo, Al! —gritó Franky Spiro, casi desgarradoramente.

—¿Y crees que no lo siento? Pero me sentiría orgulloso, si eligieran a uno de los míos.

—¡Tú tienes seis y yo sólo tengo uno! Anette está deshecha de angustia. No cesa de llorar. Para ella es como si Peter hubiese muerto, porque no le volverá a ver más.

—Con lamentaciones no solucionaremos nada —intervino Yates, secamente—. Lo peor de todo esto es que haya intervenido la policía. ¿Por qué no avisaste a tu mujer?

—Anette lo sabía —replicó Spiro —. Pero su reacción fue maternal. Eso no han debido entenderlo bien «ellos». Piensan que todos somos aquí superdotados. ¿Qué podía hacer yo? Llegué, incluso, a decirle al oficial lo que ocurría. No sé mentir y vosotros me conocéis bien. Pero el muy estúpido no me creyó.

—¿Por qué había de creerte? —retrucó Yates—. Hemos de ser realistas. Estamos realizando un experimento trascendental, cuyo resultado final, sea el que sea, asombrará al mundo. En toda experiencia notable es preciso arriesgar algo, es necesario sacrificarse, sufrir, si es obligado. La ciencia nos lo premiará...

—¡Basta, David! —atajó Franky—. Te agradezco el discurso, pero puedes ahorrártelo. ¿Vienes, Al?

—Sí.

* * *

Para penetrar en el laboratorio de ensayos de Franky Spiro era preciso descender por un ascensor hasta el subsuelo, cruzar varios corredores y traspasar una enorme puerta metálica, siempre vigilada por dos hombres de la máxima confianza, quienes saludaron a los dos ingenieros respetuosamente.

Una vez cerrada la gran compuerta, Albert March y Franky Spiro se dirigieron a una cabina especial, completamente aislada, cuya cerradura de seguridad se abría por medio de un dispositivo electrónico que sólo conocían tres personas en toda la factoría.

Una vez dentro de la cabina, Albert y Franky se pusieron batas blancas

y guantes de goma.

Aquel lugar era curioso en extremo. Reinaba un sepulcral silencio.

Había unas curiosas máquinas, de complicado diseño, que parecían estar en completo reposo. Más que un laboratorio electrónico, aquello parecía un aislado estudio del futuro, donde nada de lo existente poseía semejanza con aparatos electrónicos de cualquier otro lugar conocido.

Un tablero inclinado, cubierto de mandos y computadores, se alzaba en el centro de la cabina. Ante él se situaron los dos hombres, mirándose brevemente.

—Adelante, Franky.

El aludido pulsó un conmutador, oyéndose un zumbido inmediatamente. Luego, durante unos minutos, ambos hombres estuvieron manipulando los distintos elementos del tablero, comprobando los oscilómetros y computadores, hasta hacer que una pequeña pantalla redonda, de cuarzo, se pusiera en estado semiincandescente.

—¡Acelera el impulsor, Al! —exclamó, de pronto, Franky.

March empujó una palanca sobre una corredera, escuchándose un silbido agudo y prolongado, que se hizo intenso por instantes, hasta terminar siendo inaudible a sus oídos.

Entonces los dos hombres se inclinaron sobre una retícula, en donde había una especie de luz estriada, semejante al parpadeo de una estrella.

—«Eoe», ¿puedes oírme? —preguntó, entonces, Spiro, anhelante—. Por favor, contesta. Consumimos una inmensa cantidad de energía para establecer contacto contigo.

—Sí, Franky. Te oigo.

Aquellas palabras no habían surgido de ninguna parte. ¡Franky Spiro y Albert March las percibieron dentro de sus mentes, como si algo se hubiese introducido en ellos y les estuviese hablando!

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Spiro, en voz alta.

—Con nosotros, Franky. No ha sufrido nada en absoluto.

—Pero ¿y su cuerpo?

—Pierre Charonne le tiene en una celda de aclimatación que hemos instalado en un planeta llamado «Ghuk», situado a muchos millones de años luz de la Tierra. La teleportación ha sido instantánea. Hemos empleado el esfuerzo de doce mentes. La desintegración ha sido perfecta, igual que la integración.

—Anette está sufriendo mucho, «Eoe».

—Lo comprendemos. Es natural. Pero vosotros veréis a Peter dentro de diecinueve años. Será vuestro hijo y nuestro enlace, el primer hombre «enfoba» de la historia. Así lo quiso su abuelo. Cualquier mortal se sentiría orgulloso.

—Y lo estoy, «Eoe» —musitó Franky—. Me siento orgulloso de saber

que Peter será el primer hombre de una nueva raza, infinitamente más perfecta que la actual. Confío en vosotros... Mas, pese a esto, una honda pena me agobia. Peter está solo, sin su madre. Nadie puede cuidarle como ella.

—Nosotros le cuidaremos mejor. Es necesario educarle, Franky. Tiene que irse adaptando. Dile a su madre que no se inquiete en absoluto. Abuelo y nieto están juntos, aunque no se vean. Nos ha costado mucho hacerle atravesar a ambos la barrera de la antimateria, a cada uno en un sentido distinto.

»Te asombraría saber lo que será Peter Spiro dentro de diecinueve años vuestros. Nada habrá capaz de destruirle. Su cuerpo se regenerará continuamente. Sobrevivirá a cien generaciones y su sabiduría será increíble. Todo está perfectamente estudiado. Necesitábamos a ese pequeño. Es el más adecuado. Su talento especial no puede ser más perfecto.

»A diferencia de los hijos de March, que son corrientes. Peter ha heredado los genes de su abuelo y de su padre. —Al oír esto, Albert March no pudo evitar morderse los labios—. Se trata de un niño privilegiado.

—¿Podré tener otros hijos? —preguntó Franky, tímidamente.

—Sí. Mas debo advertirte que será reconocido igual que Peter. Y, si encontramos en él las cualidades de su abuelo, nos lo llevaremos también.

—¡Anette no lo permitirá! —exclamó Franky.

—Lo sentiré por ella —replicó la «idea» de «Eoe» con pena—. Trata de convencerla del gran favor que le hacemos. En recompensa, dentro de diecinueve años, podrá volver a verlos. Y ellos la reconocerán y la respetarán como madre de superhombres. No morirá, Franky; ni tú tampoco. Os facilitaremos larga existencia para que podáis comprobar la obra de los «enfobas».

—Gracias, «Eoe» —murmuró Franky—. Espero que así sea. Después de todo, diecinueve años no son muchos.

—No para Peter, ni para nosotros. Quizá lo sea para ti... Ah, Franky. Debo vaticinarte algo serio. Hay un oficial de policía, llamado Bill Harper, que será destituido dentro de unos meses, debido a su obstinación en perseguirte. Ese hombre enloquecerá de rabia e intentará matarte. No te asustes. No lo conseguirá. Disparará sobre ti y te herirá, pero él será arrestado y tú te salvarás.

—¡Eso es abominable! —exclamó Franky—. ¿Por qué no torcer la inclinación de ese hombre?

—No es posible. Los hombres sois pura circunstancia histórica. Obráis por primitivo instinto motor, sin apenas reflexión. Eso es pasión irracional. Yo te podría decir incluso el momento en que ocurrirá eso. Pero es inútil. El futuro no os favorece mucho.

»Te repito. No temas nada. Estarás a salvo. Has de vivir muchos años... ¡Verás a los hombres-enfobas poblar el Universo!

—Y yo ¿qué, «Eoe»? —exclamó Albert March, sin poderse contener más tiempo y no queriendo quedarse al margen del reparto.

—Lo siento, March. Tú no eres un elegido. No es aconsejable acumular energías para modificar tu estirpe. La experiencia que realizamos con el hijo de Franky Spiro no daría resultado contigo. No dudo de tu inteligencia, que es mucha. Pero en tu descendencia no hay hombres como tú. No es tu culpa, sino de tu esposa.

Franky, que también escuchó aquellas palabras, puso la mano enguantada sobre el hombro de su compañero.

—Tu recompensa está en haber colaborado conmigo, Al. Hay destinos brillantes y destinos oscuros. No te lamentes. Yo ignoraba esto al casarme con Anette. Tampoco a Dali le gustaría perder a un hijo.

—Te comprendo, Franky. Perdona.

—Hay millones de millones de «enfobas» que tampoco cruzarán jamás la barrera universal —siguió diciendo la «idea» de «Eoe» en las mentes de los dos hombres—. El haber hallado ese agujero inesperado a través de la mente de Pierre Charonne nos ha sido a todos muy útil. Felicitémonos del éxito. Y, por favor, Franky, procura tener más hijos. Sospechamos que todos pueden sernos útiles.

—¿Acaso no hay nadie más en la Tierra para sacrificar? —preguntó Franky, desanimado.

—Debe de haberlos, la dificultad estriba en localizarlos. Es mucha la energía que empleamos en esta simple conversación de consuelo. Localizar a los seres que podrían compartir su poder con Pierre exigiría un esfuerzo superior a nosotros.

»Por favor, traten de consolar a Anette. Así nos lo ha rogado su padre.

—Lo intentaremos, «Eoe». Ahora debemos interrumpir la comunicación. Hemos consumido dos mil millones de kilovatios.

—Correcto. Procuraremos comunicarnos en otra ocasión. Adiós y suerte.

Apenas había terminado «Eoe» de «hablarles», Franky presionó un botón del tablero. La luz eléctrica, que había ido languideciendo durante los minutos anteriores, subió de pronto, al aligerarse el intenso consumo de los enormes transformadores que vibraban a todo consumo.

Albert March también colaboró a estabilizar el tablero de comunicaciones interdimensionales. Cuando terminó se volvió, sonriendo, hacia Franky.

—No te envidio, Franky.

—Creí que sí.

—Fue una sensación pasajera. Soy humano. En verdad, me alegro de tu

destino. Será un bien para la humanidad entera. Los hombres habrán dado un enorme salto al futuro, gracias a Peter.

—¡Gracias a nuestro esfuerzo y sacrificio, Al! Debes incluirte tú también. De no haber sido por ti, esto no habría podido realizarse.

Los dos amigos se estrecharon la mano calurosamente. Ahora la confianza había asomado de nuevo a los ojos de March.

—Tu suegro debió de ser más inteligente de lo que yo supuse.

—Sí, lo era.

* * *

Se disponían a sentarse a la mesa. Dali y Albert March estaban con ellos, sin sus hijos, a los que habían dejado al cuidado de una ama de casa eventual.

Anette vestía de negro y tenía los ojos ligeramente enrojecidos. De nada habían servido las explicaciones que le diera su esposo.

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta. Los cuatro se miraron.

—Yo abriré —dijo Franky.

Abandonó el salón y fue hacia el vestíbulo. Antes de abrir miró por la mirilla. Fuera estaban el teniente Harper y un individuo joven, provisto de una moderna filmadora. Llevaba el cabello revuelto y vestía unas ropas descuidadas.

Franky abrió la puerta. El teniente Harper sonrió.

—Buenas tardes, señor Spiro. ¿Cómo se encuentra?

—Bien. ¿Y usted?

—Igualmente. Permítame presentarle a Clem Emerson, de la Agencia «News World». Tenía mucho interés por verle a usted.

—Lo siento. Ahora no puedo recibir a nadie.

—Vengo a traerle una notificación del fiscal —añadió Harper, sacando un documento del bolsillo—. No debe sorprenderse. La justicia desea verles a usted y a su esposa.

Franky se mordió los labios al tomar el documento.

—No conseguirá usted nada, teniente. Se lo advertí.

—Por favor, señor Spiro —intervino el periodista—. Yo vengo con el teniente Harper, pero traigo otra proposición más interesante.

—No diré nada a la prensa. Pueden marcharse.

—Lo siento —habló Harper—. Oficialmente, tengo que hacerles unas preguntas. Sé que su esposa está aquí. Clem Emerson puede acompañarme. Si publica lo que yo le diga, no saldrán ustedes muy bien librados.

—¿Me amenaza usted, teniente? —preguntó Franky, a punto de cerrar la puerta en las narices de sus visitantes.

—En absoluto. Sólo hago que advertirle. Ni se puede jugar con la ley ni

con la prensa. Ya sé que es usted un hombre muy bien reputado y goza de estimable consideración en nuestros medios científicos e intelectuales. Construyó una computadora especial, la «IBZ-33» y su prestigio mundial es grande...

—No quiero seguir escuchando sandeces, teniente. Le ruego que me deje en paz. Íbamos a comer.

—No les entretendré mucho. ¿Puede pasar Clem?

—¡Que pase y que haga lo que le dé la gana! —replicó Franky, malhumorado.

Los dos hombres entraron en el vestíbulo, a donde acudieron Anette y sus dos invitados. Clem Emerson, utilizando máquinas ocultas, fotografiaba todo cuanto veía. Era un lince del retrato secreto.

—Perdone, señora Spiro —habló Harper —. He entregado a su marido una citación del fiscal. Puede que se les procese por ocultación de pruebas e interferir la labor de la justicia. Mis jefes estiman que los padres de un niño desaparecido no deben ser acusados de rapto.

—¡Es usted inicuo, teniente! —exclamó Albert March—. ¿Por qué se obstina en atormentar a esta familia? El abogado de Franky procederá contra usted.

—Cumplo con mi deber. ¿Dónde está Peter Spiro?

—Tiene usted muy poco talento para comprender eso, teniente —replicó Franky—. El departamento de policía tiene ya mi declaración. La corroboran los ingenieros David Yates y Albert March. Mi hijo ha desaparecido a consecuencias de una experiencia científica llevada a cabo por seres de otra dimensión distinta. Puede publicar eso, Señor Emerson.

El periodista sonrió de oreja a oreja.

—Daría mi brazo derecho por publicarlo, créame —replicó—. Pero hay cosas que, por exageradas, nadie las cree. Sería despedido por imbécil.

—¿Y no es usted un imbécil? —preguntó March.

—No, lo siento; no lo soy.

—Hemos recibido un amplio informe de París, señora Spiro. Es asombroso lo que, según la policía judicial, ocurrió a su padre. Por lo visto, ustedes siempre andan metidos en asuntos raros. Parece ser que su señor padre se envenenó intencionadamente.

—Le envenenaron —replicó Anette.

—Pero él sabía lo que estaba haciendo. «Algo» se lo dijo. ¿Fue ese «algo» el mismo que les advirtió a ustedes de la desaparición del niño?

—Sí —replicó Franky—. Ya le dije a usted el otro día que se trata de seres distintos a nosotros, con una capacidad mental muy superior a la nuestra.

—¿Y no podría yo hablar con esos seres? —preguntó Harper, irónico.

—Escuche, teniente. Podría decirle cosas increíbles que van a suceder

pronto. Y algunas le atañen a usted personalmente.

—¡No digas nada, Franky! —exclamó Albert March.

—Y ¿por qué no? ¿Acaso va a cambiar el destino por ello? Me gustaría poder evitarlo, pero no es posible... ¡Es él quien sufrirá las consecuencias!

» ¿Me creerá usted si le digo que será usted destituido primero y que en su frustración intentará matarme?

—No sea ridículo, ingeniero Spiro —replicó Bill Harper, sonriendo despectivamente—. No pueden sancionarme. Cumplo con mi deber. Estoy aquí oficialmente. Y, por el mismo motivo, mis hombres les vigilan. Sé que tarde o temprano cometerán un error y entonces averiguaremos la verdad sobre la desaparición de Peter Spiro.

»De momento, mañana han de acudir al despacho del fiscal. Luego conseguiré un permiso para visitar el laboratorio de la compañía Mayer. No tengo prisa. ¿Vienes, Clem?

El periodista, quien casi no había despegado los labios, se dirigió a Spiro y le dijo:

—Puedo ofrecerles hasta medio millón de dólares por la exclusiva de toda la historia. Sospecho que cuando se sepa la verdad, el caso va a causar sensación. Con los datos que tenemos ahora no podemos hacer nada, excepto hacer el ridículo.

»Por eso, si quieren decirme la verdad, serán bien pagados. Sospecho que hay algo interesante detrás de todo esto, pero no es, naturalmente, lo que ustedes dicen.

—Puede usted marcharse, señor Emerson.

—Por si cambian de opinión, aquí tienen mi teléfono. Acudiré en cuanto me llamen. Gracias por todo.

Clem Emerson dejó su tarjeta sobre la mesita y fue en pos de Harper, a quien March acompañó a la puerta.

Cuando hubieron salido, Anette exclamó:

—¿No van a dejarnos nunca en paz?

—No. Ese hombre está obcecado... ¡Y no veo el modo de cambiar su destino! «Eoe» me dijo que intentaría matarme.

—¡No, por el amor de Dios!

Fuera, en el coche, un sargento de detectives de la policía, estaba grabando aquellas palabras en una cinta magnética. Dentro de la casa, la policía había colocado varios micrófonos ocultos. Y cuando, poco más tarde, Bill Harper escuchó la reproducción grabada, su ceño se frunció con rabia, exclamando:

—¡No conseguirán burlarse de mí!

CAPÍTULO III

Franky Spiro estaba seguro de que «Eoe» y «Deue» habían realizado una excelente misión en la mente del fiscal Andrews, predisponiéndole en su favor. Se trataba de un hombre inteligente, vivaz y lleno de comprensión, cuyas primeras palabras, al recibir a sus visitantes, fueron:

—No creo que exista una madre capaz de hacer desaparecer intencionadamente a su hijo, a menos que tenga perturbadas las facultades mentales... Usted, señora Spiro, no me parece muy anormal.

—Puede estar usted seguro que estoy en mi sano juicio, señor Andrews —replicó Anette, tomando el asiento que le ofreció el fiscal.

—Sin embargo —continuó diciendo el funcionario público—, tengo aquí un amplio informe acerca de usted y de su familia. Pese a que su digno padre estuvo cierto tiempo en un instituto psiquiátrico, quedó probado que era un genio incomprendido y no un loco.

—Señor Andrews —habló Franky, reposadamente—, a cualquier persona le parecerá extraño que un niño desaparezca sin dejar huella en el aniversario de su nacimiento.

—A mí no —replicó el fiscal, sonriendo—. Tuve un curioso sueño... ¡Un extraño y maravilloso sueño! Y, al contrario de cuando me despierto de otras pesadillas, esta vez me sentí feliz y contento. Mi sueño fue bello y feliz.

»Comprenderán ustedes que un hombre público como yo no puedo hacer caso a un sueño. El subconsciente jamás tiene relación directa con la realidad.

»Yo sé que no ha ocurrido nada malo al hijo de ustedes. Al contrario, le ha ocurrido un gran bien. Eso debe hacernos felices a todos. Peter Spiro se ha ido con su abuelo, ¿verdad?

—¿Qué sabe usted de eso, señor?

Ante la pregunta de Anette, Andrews replicó, sonriendo:

—Realmente, nada, señora. Comparto su dolor. Ha perdido usted un niño. Eso es lamentable en otras circunstancias. Imagino lo que debe de sentir.

»Ahora bien. Represento a la acusación pública. Mi deber es establecer y demostrar la verdad. He ahí el problema. Si no la sé totalmente, al menos, creo saber la verdad de lo ocurrido, cosa difícil de probar.

»Para cualquier funcionario público, esta verdad de los hechos es increíble. No se puede admitir como resultado de una encuesta jurídica. No hay más hecho probado que la desaparición de un niño. Pero ¿y el delito?

—No hay delito.

—Lo sé. Nos encontramos ante un caso insólito, único. No podemos culpar a nadie de la desaparición de un niño. Ustedes no podían evitar que ocurriera así. Yo, particularmente, me sentiría apenado y orgulloso a un tiempo de que uno de mis hijos hubiese sido elegido para un ensayo tan importante

—¡Parece usted estar muy bien enterado de todo lo ocurrido! —exclamó Franky.

—Tengo dos informes contradictorios. Uno viene de la policía. Otro procede del abogado de ustedes, el señor Miller. Parece el argumento de una novela de ciencia ficción.

»Lo rechacé «ipso facto», sólo al leerlo. Ayer, empero, cambié de opinión. Y no puedo decirles nada más. No hay niño, no hay causa. Para los efectos legales, no existe esa desaparición... ¡Por si lo ignoran, el hijo de ustedes no ha existido nunca legalmente!

—¿Qué me dice usted? —exclamó Franky, poniéndose en pie.

—He dicho legalmente. Y sé muy bien lo que digo. «Algo», alguien o lo que sea, ha borrado del registro civil el nombre y la fecha del nacimiento de Peter Spiro. Eso es un hecho concreto. Los testigos interrogados no recuerdan nada de ese niño. Escuchen lo que dice la señora Clovis Ellisworth —diciendo esto, el señor Andrews tomó una hoja del «dossier» que había ante su mesa—. Es muy significativo, «Jamás he visto al hijo de la señora Spiro. Ignoraba que tuviese hijo alguno. Creo que Anette Spiro debe sufrir alguna especie de manía depresiva, creada por su esterilidad. Sé que en su domicilio tiene una alcoba, adornada con motivos infantiles y hasta la he visto con un muñeco de goma, fingiendo acunarlo, lavarlo y vestirlo, del mismo modo que hacen las niñas con sus muñecos.

»También sé que hace tres días, la señora Spiro empezó a dar grandes voces, diciendo que le habían robado su hijo. Yo misma acudí a su casa e intenté tranquilizar, la, porque ella me exigió que llamase a la policía así lo hice. Pero, en realidad, yo estaba segura de que el niño no existía.

»Teniente Harper: ¿Por qué rectifica usted ahora la declaración hecha ante el sargento Sparrow, señora Ellisworth?

»La señora Spiro sufría un agudo trance. Yo he sido enfermera y he presenciado muchos casos parecidos. Lo que ella necesitaba en aquel momento era la llegada de su esposo y un sedante. Le administramos el sedante, pero no me atreví a contradecirla. Habría sido un «shock» para ella.

»Siento haber informado mal a la policía...»

Andrews suspendió la lectura y miró fijamente a Anette.

—¿Sufre usted de estos trastornos, señora Spiro?

Ella negó con la cabeza y dijo:

—Alguna vez.

—Gracias, señora... Y gracias a usted, señor Spiro. ¡Ah, por favor, dígame una cosa! ¿Qué es el emisor dimensional? Debo advertirle que poseo un informe de David Yates y que, cada vez que lo pone usted en marcha, toda la ciudad sufre una baja de tensión en la red eléctrica.

Franky sonrió.

—Es inevitable. Esperemos que no hayamos causado muchos trastornos.

—Suelen dispararse unos miles de circuitos, algunas máquinas se paran y millares de ascensores se quedan detenidos, por falta de fuerza, entre dos pisos. Pero sé que David Yates es asesor científico del gobierno. Bien, nada más. Les agradezco mucho que hayan venido a verme. No se preocupen por mí. Todo está arreglado.

—¿Y el teniente Harper?

—Se ha excedido en su cargo y han incoado contra él un expediente de expulsión...

—¡Oh, sí que lo siento! —exclamó Anette.

Franky se mordió los labios y no dijo nada.

* * *

El hecho luctuoso tuvo lugar dos meses después, cuando Franky Spiro salía del laboratorio, en compañía de Albert March.

Se detuvieron ante la última verja, para mostrar sus credenciales, porque la vigilancia era nueva, y cuando salían hacia el aparcamiento exterior, un hombre barbudo y desaliñado, cubierto con un sombrero y una trinchera bastante sucia, salió de un coche negro y efectuó dos disparos contra Franky, alcanzándole en el pecho y en el estómago.

—¡Muere, monstruo! —fueron las palabras del agresor, quien arrojó luego el arma y echando a correr entre los coches.

Albert March sostuvo a su compañero, mientras profería terribles gritos, como si el atentado fuese una cosa nueva para él, lo que no era cierto, porque esperaba que sucediera desde hacía muchos días.

De un autocar salieron varios jóvenes. Trabajaban todos en la factoría electrónica y formaban parte de un equipo de «base-ball».

—¡Detenedle! ¡Al asesino! ¡No le dejen huir!

Varios de ellos corrieron hacia donde iba Bill Harper y lograron acorralarle. El ex policía intentó defenderse, utilizando piernas y puños y recurriendo a llaves de «judo», que le sirvieron de poco. Un puño se estrelló contra su mandíbula, con violencia inusitada y su cabeza golpeó el muro. Instantes después era atenazado y arrastrado hacia el lugar donde yacía el cuerpo inconsciente de su víctima, al que atendía un médico de la

compañía.

A los pocos minutos, una ambulancia trasladaba a Franky Spiro a la enfermería, mientras que un coche patrulla de la policía llegaba a la entrada de la «Mayer Standard Co.» y se hacía cargo del detenido, al que la vigilancia del centro electrónico había esposado ya.

Por su parte, Albert March llamó por teléfono a Anette, para comunicarle la noticia.

—¿Anette? Soy Al. Ha ocurrido ya, tal y como nos dijo «Eoe». Hace un instante, cuando salíamos de la factoría, Bill Harper atacó a Franky.

—¿Cómo está? —preguntó la voz angustiada de Anette.

—En manos de los médicos. No debes preocuparte. Sabemos que sanará.

—¡Oh, por Dios; no digas eso! —exclamó Anette—. Sé que «ellos» también se equivocan. En cierta ocasión, «Deue» me dijo que mi padre vendría con nosotros a los Estados Unidos... ¡Y no fue así!

—Franky me habló de aquello. La deducción que hicimos fue que ése era un deseo, no una realidad futura —contestó March—. Sin embargo, este caso es distinto. Todo estaba previsto. Sólo ignorábamos cuándo se produciría.

—¿Y Harper?

—Ha sido arrestado.

—Bien, gracias, Al. Voy en seguida para ahí.

Albert March colgó el auricular y se dirigió a la enfermería, donde un equipo de médicos estaba interviniendo al herido. Todas las noticias que obtuvo eran contradictorias. El equipo sanitario parecía haber perdido la cabeza y no sabía qué decir.

A la media hora se presentó el fiscal Andrews, a interesarse personalmente por el estado del paciente. Albert March se le acercó.

—Hola, señor Andrews. Parece que se cumplen los vaticinios, ¿eh?

—Jamás lo he dudado, señor March. Confiemos en que Spiro se salve.

—¿Qué harán a Harper?

—Le echaré encima todo el peso de la ley, señor March.

—¿No se le advirtió?

—No. Era difícil justificar el aviso. Harper nunca creyó la verdad. Y, por extraña que parezca, todo ha resultado como usted y Spiro lo dijeron. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Nada, Franky sanará y se reintegrará a su trabajo —contestó Al, seriamente—. Investigaremos todo lo que nos sea posible. Hay mucho que realizar en diecinueve años.

—¿Y, entonces, regresará Peter Spiro?

—Sí, aparecerá entonces, volverá a nosotros como el primer hombre-enfoba.

—¿Y cómo será?

—Como usted o como yo. Aunque más bien creo que sea como su padre.

—Pero con una diferencia notable respecto a nosotros, ¿eh?

—Sí, muy notable. Será un hombre excepcional.

Anette Spiro llegó en aquel momento. Su semblante denotaba la angustia a que estaba sometida. Se acercó a March y le preguntó, sin mirar al fiscal Andrews:

—¿Hay noticias?

—Ninguna todavía, Annette. No te preocupes. Todo saldrá bien.

—¿Puedo entrar a verle?

—No. No dejan pasar a nadie. Debemos esperar.

—Confiemos en que se cumplan los vaticinios, señora Spiro —habló Andrew—. Lo deseo de todo corazón. Significa mucho para todos nosotros.

—¡Para mí mucho más, señor Andrews! —replicó Anette con vehemencia.

Por fortuna no hubieron de esperar mucho tiempo. Al poco apareció un auxiliar del quirófano, a quien se dirigió March, acompañado de Anette y Andrews.

—¿Qué, Phil?

—Bien, señor March... Tranquilícese, señora Spiro. Su esposo está bien. El doctor Brecker dice que se salvará.

—¡Gracias a Dios! ¿Cuándo podré verle?

—Dentro de unas horas. Está inconsciente, bajo los efectos de la anestesia. Le aconsejo que se tranquilice usted.

—Será mejor que vayamos a tomar algo en la cantina. ¿Viene usted, señor Andrews?

—No, gracias. Regresaré a mi oficina. Sólo quería saber el resultado de la operación. Ahora sé lo que debo hacer con Harper... ¡Y les aseguro que permanecerá diecinueve años en presidio!

—¡No debe ser tan severa la ley! —exclamó Anette apesadumbrada—. Ese hombre sólo ha actuado bajo los efectos del resentimiento.

—Era un policía que se excedió en el cumplimiento de su deber. Se le expedientó y expulsó del cuerpo. No debió hacer esto. Merece un castigo ejemplar.

Seis horas más tarde, Franky Spiro se recobraba de la anestesia. Su esposa, Dali y Albert March estaban a su lado. Al reconocerlos, el herido balbució:

—Anette..., todo se ha cumplido... Peter volverá.

—Sí, amor mío. Estoy segura. Lo importante es que tú estés bien.

—«Eoe» no podía engañamos. ¿Verdad, Al?

* * *

Seis meses después, ya restablecido totalmente y reintegrado a su trabajo, en el que permanecía días enteros absorto en profundas investigaciones, Franky Spiro llegó una noche a casa, extremadamente cansado.

Anette salió a recibirle a la puerta. Le abrazó y le besó, como era habitual en ella, y le dijo:

—Franky, espero otro hijo.

Los dos se miraron fijamente, sin hablarse durante unos segundos, como si hubiese surgido entre ellos una inexpugnable barrera, que les separaba definitivamente.

—¿Será igual, Franky? —preguntó ella, al cabo de un rato de hosco silencio.

—Me temo que sí, querida. Ellos necesitan a nuestra estirpe.

—Esta vez no ocurrirá lo mismo que con Peter.

—No podremos evitarlo, querida —dijo Franky, tomando a su mujer del brazo y llevándola hacia el salón—. De todas maneras, cuando haya nacido, «Eoe» nos dirá algo. No hay que anticipar los acontecimientos.

—¿Has sabido algo de Peter?

Él negó con la cabeza.

—Nada, excepto que se encuentra en un lugar llamado «Ghuk» y que tu padre le cuida.

—¡Pero ellos pertenecen a mundos distintos! ¡Ocupan dimensiones diferentes!

—Sí, pero han cruzado la barrera de la antimateria. Ignoro qué circunstancias concurren en ese extraño mundo. No sé ni dónde está. Naturalmente, tu padre se encuentra en París, bajo tierra. Debe ser algo intrínseco de él, como otro Pierre Charonne, el que atiende a Peter. Esto no lo sabremos ni lo comprenderemos hasta dentro de diecinueve años.

Entraron en el salón y se sentaron uno junto al otro, en una butaca. Allí, agarrados de las manos, ella musitó:

—Todavía no lo sabe nadie. ¿Debemos decírselo a Albert?

—No, es pronto. Prefiero esperar. ¿Qué sientes?

—Una gran sensación de infelicidad, Franky. No soy como las demás mujeres. Yo quiero tener mis propios hijos, cuidarlos y preocuparme por ellos. ¿Por qué nuestra descendencia ha de sufrir esa terrible prueba?

»Yo no estuve de acuerdo nunca con las ideas de mi padre. Soy distinta a él.

—Muchas mujeres se sentirían dichosas de que sus hijos hayan sido elegidos para ser la continuidad superdotada de la raza humana.

—¡Yo, no! Quisiera verlos jugar a mi alrededor, saber que son seres

humanos, niños corrientes, como los demás.

—Esos niños corrientes, como tú los llamas, vivirán de modo efímero. La vida de la humanidad va a cambiar, Anette. Será preciso estar superdotado para afrontar el gran cambio de la humanidad. Sabemos que se avecinan siglos malos, peligrosos, donde los hombres perecerán a millones, incapaces de resistir las condiciones ambientales que sobrevendrán tras las conquistas espaciales.

»Los «enfobas» lo han previsto. Incluso el cálculo lo ha demostrado. ¿Qué sería de la humanidad si no cuenta entonces con seres como nuestros hijos?

—Y ¿qué significan dos seres? ¿Qué pueden hacer?

—Superar las dificultades, crear una nueva raza, mezcla de humano y «enfoba». A eso vamos, querida. Ése es nuestro objetivo. Así lo dispuso tu padre y así lo han admitido «Eoe» y Deue». Van a ser ellos dos los que se ocupen de la fusión racial entre la mente y el cuerpo.

»Allá, en alguna parte del universo infinito, los cerebros de seres distintos a nosotros calculan el futuro y el pasado. Esos seres ignoran su origen, pero dicen haber establecido la relación matemática del origen humano en un ciclo evolutivo constante que atraviesa todos los estados naturales de la mutación.

—No te empecines, Franky. Jamás os entenderé. No entendí a mi padre ni os entiendo a vosotros. Pero no te preocupes. Tendré los hijos que sean precisos. Si hemos de ser tú y yo los sacrificados, no abandonaré mi deber. Ahogaré mis sentimientos, cerraré mi corazón al dolor y cumpliré con todo lo que se me exige.

—Gracias, Anette. Eres admirable. Estoy seguro de que serás recompensada de algún modo. Tu padre te quiso y tus hijos te querrán también. Ahora ¿vamos a cenar?

—Sí, vamos.

Fue una velada triste. Sin ganas de hablar, los esposos se sentaron delante de la televisión en colores, contemplando una filmación de la selva virgen, donde unos hombres atrevidos hacían sobrecogedores piruetas, para lograr escapar de una tribu salvaje, a la que habían arrebatado un valioso talismán hecho de brillantes láminas de oro.

Franky se durmió antes de finalizar la película y Anette hubo de despertarle suavemente para que fuese al lecho.

Así era casi todos los días. Aquél, como tantos, él la besó en la frente y luego quedó dormido, hasta que el despertador telefónico de la compañía, como siempre, le hizo levantarse.

Anette siguió durmiendo.

Después de desayunar frugalmente, en la cocina, Franky salió al exterior, sacó el coche del garaje y emprendió el camino del laboratorio.

Siempre era igual. Todos los días lo mismo. Ahora no pasaba nada.

Cuando llegó a su despacho, David Yates y Albert March estaban conversando animadamente.

—¡Eh, tengo noticias! —exclamó Franky, al verlos.

—Nosotros también tenemos noticias —respondió Albert, muy serio—. ¡Y más importantes que las tuyas, seguramente!

—¡Hemos recibido noticias de «Eoe»! —exclamó David Yates.

—¿Eh?

—Ambos hemos tenido el mismo «sueño» —añadió March—. Al fin nos han elegido para proporcionarles niños. La prueba con Peter está realizándose a la perfección. Le han aclimatado a su nuevo ambiente y está haciendo el primer niño-enfoba.

»“Eoe” nos ha dicho que, superada la prueba, necesitan más pequeños. Anette va a tener una niña en breve.

—¡Eh —exclamó Franky, atónito—, esa noticia es mía!

—Sentimos estropeártela —replicó David Yates—. Necesitan más pequeños. Y han elegido a los nuestros también. Nuestras esposas tendrán un bebé que, al año de nacer, se irán a «Ghuk» con tu hijo Peter. Esos niños no deben ser registrados en ninguna parte. Nacerán de incógnito.

—¡Diablos! ¿Acaso se proponen unir a nuestros hijos en matrimonio cuando sean mayores?

—Ése es precisamente el propósito. Parece ser que ya no importa que sus abuelos sean genios. Con ser un poco despiertos sus padres tienen bastante.

—Anette me dijo anoche que esperaba un bebé. Y eso me tenía preocupado. Me horrorizaba el pensamiento de tener una niña que fuese la esposa de su hermano.

—¡Terrible, Franky! —gritó David Yates—. Eso no ocurrirá. Estoy seguro de que voy a tener una niña que, con el tiempo, será la esposa de Peter.

—¡Vengan esos cinco, David! —exclamó Franky, extendiendo la mano hacia el ingeniero jefe—. Ahora empiezo a sentirme verdaderamente satisfecho. Mi suegro no podía hacer las cosas mal... ¡Y te felicito también, Al! Tus deseos se han logrado. Me gustará verte la cara cuando desaparezcan tus hijos.

—Los que tengo ahora se quedan en casa, Franky. Los que nazcan a partir de ahora serán súper seres. Así me lo dijo «Eoe».

—¡Y todo lo que dice «Eoe» resulta verdad!

Efectivamente, seis meses después, Anette Spiro dio a luz una niña.

¡Y al año justo nació David Yates Jr., exactamente a la misma hora y día en que nacía también Bawerly March, el benjamín de March, que también resultó ser un niño!

Al comunicarse la noticia por teléfono, los ingenieros de la «Mayer Standard Co.» se preguntaron:

—¿Qué ha sido de las parejas? Ahora resulta que nos falta una niña... ¡Temo que nuestros hijos se peleen entre sí el día de mañana por mi pequeña Anne!

—¡No hay problema, Franky! ¡Tendremos más bebés!

CAPÍTULO IV

Aquel día memorable, acudió mucha gente al hogar de los Spiro. Un hombre importante que no podía faltar a la cita fue el honorable juez Ralph Andrews, miembro del Tribunal Supremo, que acudió directamente desde Washington.

Otro personaje célebre era el redactor jefe de la Agencia «News World», Clem Emerson, que ahora no llevaba las cámaras ocultas en sus estrafalarias ropas, ni bajo el cabello. Detrás de él, Clem llevaba seis fotógrafos especializados.

Vino también un equipo de televisión y un jurado especial, nombrado por la Casa Blanca, encargado de levantar acta de lo que iba a ocurrir en casa de los Spiro.

Y, naturalmente, no podían faltar David Yates ni Albert March, con sus respectivas esposas, como tampoco los principales accionistas de la «Mayer Standard Co.».

Para recibir a tanta gente, se había habilitado el salón principal, colocándose en torno una serie de sillas y butacas. Fuera, en la calle, para contener a la muchedumbre, seis cordones de policías montaban guardia desde la víspera, y una legión de informadores de prensa pugnaba por acercarse, aunque sólo fuese a la verja del jardín.

Todo el mundo estaba enterado ya de que en aquel edificio iba a suceder un «milagro». Ante la vista de los testigos reunidos, a las ocho en punto de la mañana, hora exacta de su primer cumpleaños, una preciosa criatura iba a desaparecer de la cuna especialmente construida para el acontecimiento.

Todos los reunidos pudieron acercarse a la niña, acariciar sus sonrosadas mejillas y dejarse agarrar el dedo por la manecita nerviosa y juguetona de la niña.

Se sabía, pues, que a las ocho en punto, hora de su nacimiento, Anne Spiro se esfumaría ante la vista de todos. Y este prodigioso fenómeno quería ser visto por los privilegiados testigos.

Anette y Franky estaban allí, sentados en una butaca, cerca de la cuna, nerviosos y consultando el gran reloj de pared que habían colocado exprofeso frente a ellos.

Otro dato curioso era la ropa que habían puesto a la niña, que parecía ser de papel y era de una tela plástica especial, obsequio de un importante comercio de Boston, en donde se había reproducido la fotografía de los padres y una carta autógrafa de Anette, en donde enviaba un mensaje a su

otro hijo, Peter, desaparecido como ahora iba a desaparecer la niña.

Con esto, Anette se proponía enviar un mensaje directo a su hijo Peter, al que sabían en buenas condiciones.

—Peter es ya un niño superdotado y leerá mi carta —había dicho Anette.

—¿Y si no ha aprendido a leer nuestra lengua? —le preguntó Dali March.

—¡Le están enseñando, para volver a la Tierra a los veinte años! Tendrá que saber leer y escribir. Sé que le enseña mi padre a ser un superhombre.

De todo esto, Clem Emerson había hecho un interesante comentario que reproduciría toda la prensa del mundo un minuto, después de haberse hecho el «milagro» multidimensional. Aquel brillante periodista no quería correr riesgos.

Si él, con sus propios ojos, veía esfumarse a la niña, una señal de radio, emitida desde un conmutador que llevaba en el bolsillo, pondría en funcionamiento más de cien mil teletipos. La televisión mundial también transmitiría en directo el «milagro».

Y, posiblemente, en su celda de New Haven, un ex teniente de policía, llamado Bill Harper, se convencería de una vez para siempre que había sido un estúpido y un incrédulo.

Era de suponer que, con la difusión que se había dado al espectacular caso, Harper no se perdería la retransmisión directa de la televisión.

En la mansión de los Spiro, a medida que el reloj se acercaba a las ocho, la tensión crecía por momentos.

—¿Debemos darle algo de comer? —preguntó Anette a su esposo, pretendiendo parecer tranquila.

—No. Ellos lo han previsto todo. No hace una hora que ha tomado su desayuno. Debería estar durmiendo.

—Toda esta gente la impide dormir. ¿Por qué han tenido que venir tantos?

—Ha sido inevitable. Son los imprescindibles. Asómate a la ventana y verás lo que hay afuera.

—No es necesario. Los oigo... ¡Por favor, operador, esos focos pueden dañar la vista de la niña!

Anette se había puesto en pie y se dirigió a los operadores de televisión.

Un famoso realizador de la NBC se disculpó con Anette, diciendo:

—Sólo pretendemos que la imagen se vea con nitidez, señora Spiro. Y no tema por la vista de la niña... ¿Ve como no cierra los ojos?

—¡Quiten ese odioso foco! —gritó Anette.

—Por favor, Anette —intervino Franky—. Tienen derecho a estar aquí. Han hecho un donativo de cien millones de dólares.

—¡Ni todos los dólares del mundo pueden dejar ciega a mi Anne!

—Va a irse. «Ellos» te la cuidarán... ¡Vamos, vamos, no llores ahora!

Anegada en llanto, Anette fue a refugiarse en el vestíbulo, pero regresó inmediatamente, porque el reloj marcaba las ocho menos cinco minutos. Deseaba estar junto a su bebé hasta el último instante.

Se acercó a la cuna, levantó a la pequeña en brazos, poniéndola de espaldas a los focos, y así la retuvo hasta que el realizador protestó enérgicamente ante Franky, quien hubo de quitarle la niña a Anette y dejarla en su cuna.

Entonces, entre Dali y la esposa de David Yates, retuvieron a la madre «afortunada», cuya niña iba a emprender viaje teleportado por medio de la desintegración instantánea.

Ya nadie se atrevía a mirar al reloj. Todos querían ver el instante decisivo, el «estar» y el «no estar». Sólo así podrían atestiguar que la niña se había «esfumado».

En medio de un denso silencio, la voz quejumbrosa de Anette Spiro preguntó:

—¿Por qué, padre? ¿Por qué yo dos veces? ¿No hay otras criaturas?

—¡Chissst! —sisearon numerosas bocas, exigiendo silencio a la madre, como si ella no tuviese derecho sobre la niña objeto de la curiosidad universal.

Y, efectivamente, en todos los rincones del mundo, transmitido en directo por los canales de difusión múltiple de la NBC, los televisores cromáticos y grises enfocaban directamente a la criatura que llevaba un mensaje y unas fotografías a un hermano que no conocía.

De pronto, un «¡Ooooh!» colosal inundó el mundo.

Tanto los testigos presenciales como los que veían la escena a través de las pantallas dejaron de ver a Anne Spiro, cuyo rostro sonrosado y feliz se volatilizó al mismo tiempo que sus ropitas.

¡Y la criatura dejó de «estar» para ausentarse durante veinte años!

Allí fue donde la fama del matrimonio Spiro, ya convertida en extraña leyenda, se convirtió en mítica. Y, en aquel momento, el nombre de los Spiro entró a formar parte de la historia de la humanidad, calificándolos a ambos como los seres más notables de toda la historia humana.

Desde aquel mismo instante, pasaron a formar parte del dominio público y todo el mundo les adoró, como si fuesen dioses venidos del más allá.

* * *

Las desapariciones de Bawerly March, David Yates Jr. y de otros bebés de un año que tuvieron lugar a continuación ya no tuvieron tanta importancia como la primera que pudo presenciar toda la sociedad.

Se produjeron más de cien desapariciones. Y también hubieron desapariciones ficticias realizadas por madres desnaturalizadas que ocultaron a sus hijos de un año con el objeto de adquirir notoriedad. Otros llegaron incluso a matar a inocentes criaturas, porque la sicosis se hizo colectiva como muchas de las cosas que ocurren en este mundo singular.

Sin embargo, la verdad habría de descubrirla el emisor dimensional, manejado por Franky Spiro, quien estableció numerosos contactos con los «enfobas» seguidores de «Eoe» y «Deue», quienes les advirtieron de los niños realmente teletransportados, a cuyos padres se había advertido por medio de la telecomunicación onírica.

Así, la ley pudo castigar muchas supercherías y crímenes horripilantes.

Luego transcurrió el tiempo y sucedió el fenómeno anverso al de la fama, o sea el olvido. A los pocos años, ya nadie se acordaba de los niños que fueron teleportados a un mundo dimensionalmente distante, a recibir una preparación física y mental que los diferenciaría poderosamente de sus semejantes.

Olvidaron todos aquellos que no habían perdido a ningún hijo, puesto que estos últimos no podían olvidar y vivían contando el paso del tiempo, día a día, en la esperanza de volver a ver a sus hijos, ya convertidos en súper seres fabulosos.

Quizá, de todos los padres elegidos, el menos preocupado era Franky Spiro, que había contribuido con dos hijos a la experiencia. Pero Anette esperaba un tercero, y Franky supo a través del emisor dimensional que este último hijo no estaba elegido y que viviría con ellos, como un simple mortal.

Resultó un hermoso niño, casi más hermoso que los anteriores, al que bautizaron con el nombre de John, como se había llamado el padre de Franky.

Anette tuvo, al fin, la dicha de cuidar un hijo y verle crecer, como las demás madres del mundo. Cuando cumplió el año, sin embargo, y pese a las promesas llegadas del más allá, la madre vivió días de verdadera zozobra. El cumpleaños, no obstante, se celebró alegremente, reunidas las familias de March y Yates.

Anette había de volcar sobre el pequeño Johnny todo el amor que no pudo dar a sus otros hijos. Adoró a su bebé, lo mimaba excesivamente y pasaba los días jugando con él, infatigablemente, llegando incluso a olvidar a los otros dos desaparecidos.

Franky Spiro fue nombrado Premio Nobel de Física en 1980.

Había rechazado la dirección de una empresa estatal norteamericana dedicada a la exploración espacial y rehusó también la proposición a candidato a la presidencia de la nación.

En cambio, se le vio entre los primeros hombres que acudieron a

socorrer a las víctimas del espantoso terremoto de Nueva York, en 1987, y que costó más de seis millones de vidas.

Luego vino la terrible y aniquiladora tercera guerra mundial, que terminó con dilatadas regiones del mundo y que, en contra de toda predicción, duraría varios años, tanto en la Tierra como en el espacio.

El mundo quedó horriblemente diezmado, empequeñecido por las áreas radioactivas que serían desiertos estériles durante muchos años. Y África, que fue la causante del conflicto, desaparecería totalmente bajo el polvo radioactivo de los ingenios atómicos del hombre.

Se inició la Era espacial...

La guerra terminó por falta de hombres para luchar. Fueron millares los que se dejaron fusilar antes de empuñar las armas y aquel sacrificio sirvió para que los señores de la guerra desistieran de sus propósitos y se decidieran a salir, pacificadores ya, de sus refugios atómicos.

América era un montón de ruinas. Europa contaba únicamente con seis millones de habitantes y Asia con veinte. Se olvidó incluso de los «enfobas». Había que luchar por la supervivencia.

Surgió el estado democrático mundial entre las ruinas de un mundo destruido y las ansias de vivir hicieron afanarse a los supervivientes para restaurar sus pueblos y ciudades.

Fueron tiempos aquellos muy difíciles para Franky Spiro, sobre cuya cabeza surgieron las nieves del tiempo.

Anette también envejeció. Tanto ellos como sus amigos, protegidos por los Estatutos Científicos, obtuvieron protección militar en Dumber-down, el célebre refugio atómico del corazón de las Rocosas, y gracias a esto pudieron sobrevivir.

Allí, bajo tierra durante años, trabajando en el esfuerzo bélico, Spiro, March y Yates, apenas tenían tiempo para ocuparse de sus familiares. Tampoco les fue posible utilizar el emisor dimensional, porque ello exigía un enorme consumo de energía. Por esta razón no pudieron establecer contacto con «Eoe» y «Deue», ni éstos se comunicaron con ellos, como enojados por la locura en que estaban inmersos los hombres de la última década del siglo veinte.

Al terminar la guerra, en pleno período de reconstrucción, cuando Franky Spiro estaba ocupado en levantar el Centro Físico de Funker (Kansas), Anette le llamó por fonovisión, desde la ciudad industrial de Nassaki, donde estaba ella, en compañía de su hijo Johnny.

Franky acudió a su despacho, requerido por un ayudante. Sonrió al ver a su esposa en la ovalada pantalla a color.

—Hola, Anette. Pensaba llamarte uno de estos días. Estamos muy atareados aquí.

—¡Oh Franky! —exclamó ella—. Ni siquiera te has acordado.

—¿Acordado de qué?

—¿No sabes qué día es mañana?

—Pues... Sábado. Tenemos una reunión de altos jefes técnicos. Se pretende nombrar un directorio para...

—¡Mañana se cumplen veinte años, Franky! —exclamó Anette, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Veinte...? ¡Oh, Anette!

Los dos esposos se miraron a través de las cámaras y pantallas. En sus semblantes había una indecible expresión de inquietud.

—Hace veinte años que se fue Peter.

—Sí, Anette. Es cierto... No podía olvidarlo. Pero ¡han ocurrido tantas cosas y está tan lejano todo!

—Es imperdonable, Franky. Deberías venir inmediatamente.

—Lo siento. No puedo. Mañana, precisamente, va a decidirse aquí algo importante que afectará mucho a mi porvenir. He trabajado extraordinariamente y me corresponde formar parte del Directorio de Funker. No es por egoísmo, tú lo sabes.

—¿Te interesa más ese centro que tu hijo Peter? —reprochó Anette seriamente.

—¡No digas eso, por Dios! Este Centro es mi obra, Anette. He dedicado mi mayor esfuerzo. Esto va a ser el corazón y el alma de todas las investigaciones importantes de nuestro globo y de aquí saldrán las ideas más avanzadas de todos los tiempos. Si no estoy presente en esa reunión, actuarán sin mí. Puede que aprovechen la circunstancia para dejarme al margen.

—¡El regreso de Peter es mucho más importante que todo lo que hay en este desquiciado mundo! —replicó Anette.

—¿Estás segura de que va a regresar?

—Sí —dijo ella, terminante.

—¿Y cuál será su punto de llegada? ¿Nassaki?

—No lo sé. Pero debemos estar juntos. Él vendrá a nosotros.

—Peter vendrá a ver a su padre... ¡Aquí, Anette! Y aquí es donde tú debías estar.

—¡Pero no puedo dejar a Johnny!

—Johnny es ya un hombre y no te necesita. Le mimas demasiado y no haces más que estropearlo.

—¡No le quieres, Franky! ¡Y todo porque no es igual que tú, porque no ha seguido tus pasos, ni los de mi padre! ¡Él es un artista y no un hombre de ciencia!

Franky se mordió los labios. No podía decir que amaba entrañablemente al único hijo que tuvo casi siempre con él, un chiquillo mimado y sensible, de los que se refugiaban en el llanto al más leve

reproche, y que jamás se separó del regazo de su madre.

Franky vivió siempre demasiado absorto en su trabajo y no pudo evitar que su esposa se adueñase de la voluntad de Johnny. Y, por si fuese poco, los acuciantes años de la guerra y la obligada separación, unieron más a la madre y el hijo, quien, encerrado siempre en el refugio atómico de Dumber-down, arraigó en sí mismo un temperamento introvertido y sensible, del que surgió, a los catorce años, una singular afición por el arte.

Tal vez hubiese pocos artistas en el mundo. La guerra había barrido a todo el que no tenía una ocupación importante y científica. Fue una contienda de técnicos contra técnicos, científicos orientales contra científicos occidentales.

Los hombres como Franky Spiro se cotizaron muy altos. Pero los artistas sucumbieron bajo los estruendos del átomo desencadenado.

Ahora, Johnny Spiro desarrollaba en Nassaki el arte de la pintura y la escultura, creando formas plásticas que nadie parecía comprender, excepto algunos viejos soñadores y, naturalmente, su madre, quien veía en él a un nuevo Miguel Ángel.

En realidad, el arte no tenía valor en aquella época.

Y de no haber sido por el elevado sueldo del padre, Johnny Spiro se habría muerto de hambre.

—Lo siento, Anette. No puedo dejar mi trabajo. Pero si vuelve Peter, avísame inmediatamente.

Sin contestar, Anette cortó la comunicación.

De regreso a su laboratorio, pensativo y triste, Franky encontró allí a David Yates, que acababa de llegar de Washington en un cohete de pasajeros.

—¡David! ¿Cómo estás, condenado amigo?

Se abrazaron con energía. No se veían desde hacía dos años.

—¡Bien, estupendamente! ¿Y Al?

—Le tengo aquí, dirigiendo la central termonuclear... ¡Le llamaré, David!

—No corre prisa, Franky —dijo David—. Ya le veremos luego.

—¿Y a qué se debe tu llegada?

David Yates eclipsó su sonrisa. Apretó el brazo de Franky, amistosamente.

—Me envía el Departamento de Ciencia. Mister Harwey cree que un directorio en Funker no daría resultado.

Franky también dejó de sonreír.

—¿Qué pretendes decirme, David?

—No te lo tomes a mal. Sé lo mucho que has trabajado aquí. Éste es tu gran triunfo, Franky. Pero Funker será muy importante en el futuro y no podemos dejarlo en manos de unos jóvenes inexpertos.

—¿Te has metido en política, David?

—No se trata de eso.

—No quieras darle vueltas. Te conozco bien. Hace veinticinco años ocurrió lo mismo en la «Mayer Co.». Yo construí la «IBZ-33» y tú fuiste nombrado ingeniero jefe.

—Lo siento, Franky. La vida es así. Tú careces de dotes de mando. Si pretendes dirigir Funker, no podrás dedicarte a la investigación científica. Harwey lo ha entendido así y no quiere ningún directorio. Tengo el nombramiento en la cartera. Yo seré...

—¡Tú serás lo que has sido siempre, David; un intrigante! ¡Pasas más tiempo en los despachos de los dirigentes que en el laboratorio! Así has conseguido cuanto has deseado, no por méritos propios.

»Esto no va a gustar aquí. Albert, Cogan, Fredrick y yo hemos trabajado con ahínco en Funker. Es nuestra labor y la de quinientos jóvenes estudiantes. Es el principal centro de estudios físicos del mundo. Una buena obra a punto de rematarse, David. Y no gustará que vengas tú, con tus manos limpias, y te hagas el amo... ¡A mí, personalmente, no me gusta!

—Son órdenes del Departamento de la Ciencia, Franky —musitó David.

—¡Pues ahí lo tienes, David! ¡Quédatelo y no cuentes conmigo para nada más! ¡Me retiro! Tengo cincuenta y seis años y he trabajado mucho en esta vida. Adiós y que tengas mucha suerte.

—¿No pensarás irte?

—¡Vaya que sí! Ahora mismo. Me espera mi esposa en Nassaki... ¡Ah, y por si lo has olvidado, mañana se cumplen veinte años de la desaparición de mi hijo Peter! Creo que si regresa, será más interesante estar a su lado que aquí.

—Mi hijo David también se fue.

—Deseo de todo corazón que vuelva el año próximo, David. No creo que se sienta muy orgulloso de su padre. Se supone que regresarán mucho más inteligentes que nosotros.

—¡No debes decir eso, Franky! Yo no he cometido ninguna mala acción. Si crees que no debo aceptar este cargo, renuncio a él ahora mismo. Si lo pedí fue por estar aquí, contigo y con Al, como estábamos en la «Mayer».

—Allí también eras nuestro jefe, David.

—Siempre fui tu amigo, jamás tu jefe.

—Sí, de acuerdo. Pero tú firmabas las actas y los programas de ensayo... ¡Y de mi «IBZ-33» tú percibiste cien mil dólares de gratificación, mientras que yo sólo obtuve veinte mil! Y no soy egoísta ni me importa el dinero. Gano suficiente para vivir. Tu coche y tu casa, sin embargo, siempre fueron mejores que los míos... ¡Suerte, David! ¡Así es la vida!

EPÍLOGO

Las ocho de la mañana no es una hora adecuada para penetrar en una vivienda, ¡atravesar la pared, como si no existiera! y entrar en la cocina ataviado con una especie de armadura metálica que le cubría enteramente el pecho, dejando al descubierto unas piernas fuertes, estilizadas, y unas botas plateadas, de curioso diseño.

Al ver aquella aparición, Anette Spiro lanzó un grito de terror y se le escapó la bandeja del desayuno de las manos.

Johnny Spiro se desmayó.

—No os asustéis —dijo el visitante —. Soy tu hijo.

—¡Peter! —exclamó la mujer, retrocediendo.

Peter Spiro era un individuo alto, de casi dos metros veinte. Fuerte, a juzgar por su semblante anguloso, cubierto por una especie de máscara transparente. Sus manos también iban enguantadas en manoplas plateadas, y de su peto acorazado, a ambos lados del cuerpo, pendían dos curiosas fundas alargadas.

Era una aparición insólita que sonreía, mostrando una fila de dientes de acero blanco.

—¿No me esperabas, madre?

—Sí..., sí... Pero no te esperaba así... ¿Cómo has entrado?

—Disociación osmótica. Déjame ayudar a Johnny. ¡Qué débil es!

El visitante se acercó a su hermano y le pasó un cable sobre la cabeza. El cable lo sacó de su peto metálico, tirando hacia afuera, del mismo modo que si tirase de la cadena de una campana. Y del extremo del cable brotó una chispa azul que bailó, como un rayo, sobre el cráneo del desvanecido Johnny.

Inmediatamente, el inconsciente abrió los ojos y exhaló un suspiro.

—Hola, Johnny Spiro. ¿No saludas a tu hermano?

—¿Quién... quién... qué... qué... cómo... cómo...?

Peter Spiro sonrió, volviéndose a su madre.

—Hoy tenía que volver. Aquí estoy. Mi primera visita debía ser para vosotros. He de hacer muchas cosas, pero todas pueden esperar. Sé que mi padre no está aquí, pero se encuentra en camino. Llegará dentro de dos horas.

—¿Viene? —se sorprendió Anette, sin saber si acercarse a Peter y abrazarle o retirarse más de él.

—Sí. Ha tenido un disgusto con David Yates.

—¿David? ¡Pero si David está en...!

—Está en Funker. No es preciso que me invitéis a desayunar. Tardaré meses en habituarme a vuestras comidas. Pero me sentaré, si es que está silla resiste mis ciento sesenta kilos.

—¡Oh, Peter! ¡Cuánto he pensado en ti! ¿Qué ha sido de ti, todo este tiempo? ¿Has estado con papá?

—Sí.

—¿Cómo está?

—No lo sé. Jamás le he visto.

—¿Entonces...?

—No intentaré explicarte lo que es «Ghuk» porque no lo entenderías, madre. Yo tenía mi mundo especial. Ah, debo decirte que no soy sólo tu hijo. Soy también «Eoe».

—¿«Eoe»?

—Sí. Gracias a vosotros he logrado atravesar la barrera universal. Era necesario un cuerpo físico. Pierre Charonne nos facilitó los medios para conseguirlo. Y éste es el resultado. Vosotros moriréis cuando os llegue la hora. Pertenecéis a otra época. La nuestra empieza ahora.

»Yo soy el primero en llegar. He completado mi enseñanza y preparación. Después vendrán David, Anne, Bawerly, Simón, Terry, Igor, Max, Ernesto, Jill... ¡Cien, en total! ¡Somos varones y hembras! Yo prepararé su llegada. Soy su jefe físico.

—Pero ¿eres humano? —preguntó Johnny, trémulo.

—Sí, naturalmente —Peter Spiro se tocó los brazos y las piernas—. Me podéis analizar. Nací físicamente aquí. En «Ghuk» me adapté a mi nueva constitución. Yo me «teleporto», domino la gravedad, el calor y el frío, puedo segregar mi propio alimento, me autorregenero... Todo eso he estado aprendiendo en «Ghuk» con ayuda del abuelo.

—¿Y no le has visto? —preguntó Anette.

—Jamás. Sin embargo, sabía que estaba allí, con «Eoe», «Deue» y los otros. Todos me cuidaban. No pude recibir el mensaje que me trajo Anne hasta diez de vuestros años después. Pero conocía el texto y vuestras fotos.

»Ahora me alegro de conoceros personalmente.

—¿Por qué... no me abrazas, Peter? —preguntó Anette.

—¿Lo quieres?

—Sí.

Peter Spiro se acercó a su trémula madre y la abrazó, teniendo cuidado de emplear sólo el impulso uno. Sabía que un impulso tres o cuatro aniquilaría a su madre. Sus brazos, tan potentes como el acero, triturarían a la mujer que le dio el ser.

Y Anette sintió un estremecimiento al verse junto al extraño peto metálico, y al mismo tiempo flexible, del visitante.

—No puedo, madre. Puedo sufrir trastornos. El casco y los tubos

alimenticios están fijos a mi cabeza. Es un protector de aire universal, dispuesto para dos mil años. Si viviéramos tanto, podríamos renovar la reserva. Con esto pretendemos respirar todas las atmósferas, por dañinas que sean.

—¿Quién lo ha construido? —preguntó Johnny.

—Yo mismo.

* * *

El platíbolo de Franky Spiro descendió, sin ruido, suavemente, sobre el jardín de la casa, entre los árboles. Se descorrió la compuerta y el hombre de ciencia saltó al suelo, recibiendo un sobresalto al ver a Peter Spiro ante él, como si se hubiese materializado allí mismo.

—¿Eh...? ¿Qué diantre...?

—Hola, padre —habló Peter, extendiendo su mano derecha.

—¡Peter, loado sea Dios! —exclamó Franky, lleno de júbilo.

Se abrazaron, mientras el visitante del espacio decía:

—Tú lo has dicho, padre. Loado sea Dios, porque Él ha permitido esto que te parece un milagro. Yo conozco tu mente y la de tus semejantes. En cambio, tú no conoces la mía, múltiples veces superior.

—¡Me haces el hombre más feliz del mundo!

—Gracias, padre. Entremos. Madre y Johnny están esperando. Les he dicho que volverías, pero no el porqué.

—¿Lo sabes?

—Sí. No reproches a David Yates. Él siempre será así. Su coeficiente mental es inferior al tuyo, pero su instinto primario defensivo es más agudo. Consigue mayores beneficios con menor talento. Y él lo sabe. Ésa es su pena. Sin embargo, te quiere. Y si no te dio el premio de la «IBZ-33» fue por no herir tu sensibilidad. Pero lo pensó. Tiene sentido de la justicia. Su esposa le incita siempre a mejorar, a costa de quien sea.

—¡Cielos, Peter! ¡Cuánto sabes!

—Yo hacía falta aquí. Ahora se arreglará todo, descuida. Tengo que dictar mis leyes naturales. A partir de ahora, no dirigirá nadie más que yo. Soy el jefe de este mundo.

—¿El jefe? —Franky Spiro se detuvo ante la puerta, volviéndose a su hijo—. ¿Qué quieres decir?

—Yo mandaré, padre.

—Pero... ¿Cómo? Nosotros ya tenemos nuestros dirigentes, nuestra autoridad, jefes, ejecutivos y gobernantes.

—Todos quedan relevados de sus mandos. Su sabiduría es enormemente inferior a la mía. Por ello, han de obedecerme.

—¡Oh, Peter, se rebelarán contra ti!

—No pueden. Han de acatarme de buen grado, y lo harán. Tengo poder para dominar sus cerebros y lo demostraré. No quiero emplear la fuerza, ni es necesario hacerlo. Lo que sí es necesario hacer es demostrar a todos lo que soy capaz.

»Llamaré a un viejo amigo tuyo. Se llama Clem Emerson y dirige la «World-News-Telecom». Es un instante, todo el mundo sabrá que ha llegado el «hombre-enfoba». No quiero que seáis mis esclavos, sino mis hermanos menores, miembros de una raza a extinguir antes de unos centenares de años.

—¿Y estás seguro de que Dios quiere eso?

—Dios lo quiso desde el instante en que creó el universo, padre.

* * *

Clem Emerson ya no era el joven de los revueltos y largos cabellos que, provisto de ingeniosos dispositivos, solía ocultar máquinas fotográficas en sus ropas. Los años, los sufrimientos y la lucha le habían convertido en un hombre viejo y encorvado, experimentado y áspero, que trataba a sus semejantes con insolente despotismo.

Sus primeras palabras, al entrar en el salón de la casa de Franky Spiro, en Nassaki, acompañado de Anette, que le abrió la puerta, fueron:

—He venido porque nadie me ha llamado jamás hablándome aquí dentro —se tocó la cabeza gris y miró a la impresionante figura de Peter—. No porque ese disfraz me impresione. A mí no podéis hacerme ya nada, ni bueno ni malo. Perdí a todos mis amigos en la guerra. Perdí a mis familiares y me hubiese importado poco perderme yo también.

—A ti te reservábamos esta gloria de la información, Emerson —dijo Peter—. Tú estuviste cuando mi hermana Anne se fue a «Ghuk». Tu mayor deseo era vivir veinte años y comprobar si aquella niña regresaba.

El viejo Clem bizqueó.

—¿También sabes eso, Peter Spiro?

—Sí. Aquélla fue la noticia que más influyó en tu carrera. La noticia mejor de tu vida.

—Sí, es cierto. Pero no me dejo tomar el pelo con disfraces bonitos. Soy un zorro. Conozco a Franky Spiro y sé que en Washington le han hecho una jugada sucia.

—Washington ya no tiene poder legislativo, Clem —replicó Peter—. Vengo a licenciar al gobierno. Quiero que tus cámaras difusoras de noticias me anuncien aquí mismo.

—Eso vale mucho dinero, hijo.

—El dinero tampoco tiene ya valor, Clem.

—¡Mi hijo tiene un poder que...! —empezó a decir Franky.

—¡Cállese usted, Spiro! ¡Estoy hablando con él! —gritó Clem Emerson, acercándose a Peter, que sonreía, sentado en su butaca—. Demuéstreme que es Peter Spiro y que tiene poder para meter en un puño a los caciques del gobierno.

—Te haré tres pruebas, Clem... ¡Una!

Como si hubiese perdido el peso, Clem Emerson se elevó sobre el suelo, quedando suspendido en el aire, inmóvil.

—¡Bájame de aquí, hechicero!

—Dos —dijo Peter.

¡El techo del salón desapareció totalmente, pudiendo verse el cielo azul, aunque la casa estaba compuesta de tres pisos!

—¿Y el techo? —preguntó Johnny Spiro, atónito.

—Se ha hecho transparente. Está ahí, pero no lo vemos.

—¡Increíble! —exclamó Clem Emerson.

—Y tres... ¡Ahí están los técnicos de T.V. preparados!

Como por arte de magia, un grupo de hombres y máquinas, que un instante antes aguardaban fuera, en los vehículos móviles, esperando ser llamados por su jefe, aparecieron ahora ante el grupo, haciéndose cruces del inesperado traslado.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de los directores.

—¡Cállese, Dick! —gritó Clem Emerson, todavía suspendido en el aire —, ¡Bájeme, Peter Spiro! ¡Ya tengo suficiente!

Sin moverse, con sólo la voluntad de su mente, Peter hizo descender a Emerson, pero no cubrió el techo ni volvió a los técnicos de televisión a sus vehículos. Se levantó y dijo:

—Enfóquenme y comuniquen con todo el mundo. Van a ver volar a un hombre, me van a ver desaparecer y aparecer. Voy a disminuir de tamaño y a crecer hasta convertirme en una montaña. Quiero que todos vean lo que hace un «hombre-enfoba». Y quiero dar mis primeras instrucciones. No habrá quien me contradiga. Dictaré leyes en beneficio de todos.

»En este planeta se han acabado las injusticias, los delitos y las vejaciones. Se ha terminado también la enfermedad y el dolor, la miseria y el hambre. Os daré y os exigiré, y quien no cumpla no verá el fin de una raza, porque será fulminado.

»¡Empezad a filmar, hermanos menores!

Dominados por la sugestión inapelable que emanaba de aquella figura impresionante, los operadores empezaron a trabajar, viendo, con asombro, que detrás de Peter Spiro desaparecía el fondo de la mansión, surgiendo en su lugar una inmensa llanura plana, dilatada, azul y verde, ante la que el plateado mensajero de los «hombres-enfoba», la nueva raza multidimensional, adquiría unas proporciones inconmensurables.

—Mírenme todos a mí —empezó diciendo Peter, con voz clara, en un

lenguaje extraño y nuevo, que era fácilmente comprendido por todos—. Hace veinte años fui elegido por los «enfobas», los seres sin cuerpo, para formar, con ellos, una nueva raza humana, a imagen y semejanza de la creada por Dios en el principio de la vida en este planeta.

»La creación ha ido transformándose por esencia natural, por destino evolutivo, por mutación espontánea, hasta llegar a lo que sois ahora. Vuestro desarrollo es lento y vuestro avance técnico demasiado rápido. Exigencias científicas os han puesto al borde del aniquilamiento cósmico, aunque no estabais preparados para ello.

»Un hombre, elegido entre millones, descubrió matemáticamente la solución del terrible problema de la humanidad. Ese hombre se sacrificó a sí mismo, hace veintidós años, para que su espíritu pudiera unirse a los «enfobas», que buscaban su propio desarrollo, inmersos en una dimensión de la que no podían escapar, dando siempre vueltas en la oscuridad total de su universo.

»Aquellos tres seres, un terrestre y dos «enfobas» planearon la gran reforma de la humanidad, eligiéndome a mí, en primer lugar, para ser el principio de la nueva raza humana, hija de vosotros y continuadora del progreso hacia el infinito de nuestros mundos.

»La humanidad no podía quedar circunscrita a este viejo y cansado planeta, cuyos recursos naturales no hubiesen durado mucho. El hombre intuyó que otros mundos podían ser la continuidad de su especie, pero no estaba preparado para afrontar las terribles distancias, las inmensas temperaturas de los astros incandescentes, la violencia del choque contra los gases radioactivos del cosmos ni la prolongación de los interminables viajes siderales.

»Soberbio y altivo, creyéndose el rey de la creación, el hombre ha intentado, por todos los medios, vencer a la naturaleza, primera obra de Dios, valiéndose de sus manos y su ingenio. Habéis conseguido mucho, sin duda. Habéis realizado un enorme esfuerzo colectivo, que se inició en los albores de la humanidad y que os ha llevado hasta dominar el átomo, uno de los puntales de la naturaleza en peligro.

»Hasta aquí, ésta ha sido vuestra primera etapa. El Creador no podía dejar en manos de criaturas un poder que permitiría desequilibrar el universo. Por este motivo ha hecho, con su infinita sabiduría, que unos seres, mucho más preparados intelectualmente que vosotros, realizasen la unión que yo represento.

»Esos seres, los «enfobas», estaban allí, en su dimensión desconocida, esperando establecer el contacto con nosotros. Era necesario modificar a la humanidad y adaptarla a las nuevas exigencias de la vida universal.

»Vosotros, mortales, habéis cumplido una misión. Ahora, relevados de vuestros cargos, tenéis que desaparecer para que nosotros, hijos vuestros

con cerebro de «enfoba» continuemos la labor que ha de llevar al hombre a los confines del cosmos.

»Somos la segunda etapa en la historia de la humanidad. Somos la fuerza y el poder, y debéis acatar nuestro superior mandato.

»He venido como primer mensajero. Dentro de algún tiempo, llegarán los demás. De nosotros saldrán hijos fuertes y sabios, producto de la mutación universal. En unos cuantos siglos, habréis desaparecido totalmente y nosotros ocuparemos vuestro lugar.

»Nadie os hará daño. Vais a ser como padres respetados por hijos sumisos y obedientes que os descargarán del trabajo y del peso del hogar paterno. Somos vuestros herederos universales y debéis sentiros orgullosos de nuestra llegada.

»Nada os faltará. Los niños de ahora podrán ser hombres, tener familia y descendencia, porque esto es un derecho que no os podemos negar. Pero vuestros hijos serán cada vez menos, y los más privilegiados serán enviados a un mundo llamado «Ghuk», donde se transformarán en poderosos longevos.

»Luego, cuando hayáis desaparecido los actuales pobladores de este mundo, nosotros continuaremos la tarea para la cual hemos sido creados. Nos proponemos poblar el universo físico, tener hijos cada vez más fuertes e inteligentes, descubrir mundos hasta ahora inaccesibles y extender la grandeza de Dios por todos los Universos del Infinito.

»No estamos solos en el cosmos. Existen millones de razas distintas a la nuestra, con las que habremos de entrar en contacto, luchar o pactar, mezclamos o aniquilar. Será una lucha interminable, a escala cósmica, que escribirá palabras de gloria en los anales de nuestra segunda historia humana.

»Vosotros hubieseis sido derrotados en el primer encuentro, fuera de nuestro sistema, donde existen civilizaciones mucho más perfectas que la vuestra. Los señores de Thair, por ejemplo, semejantes a enormes orangutanes, pueblan miles de mundos desde hace billones de siglos en la Galaxia 600. Ni siquiera las descargas atómicas y desintegrantes pueden hacerles daño. Nosotros, sin embargo, tenemos medios para vencerlos y dominarlos, antes de que ellos nos dominen a nosotros.

»Ésta es, pues, nuestra misión. La vuestra ya se ha cumplido. Aceptad el cambio de buen grado. Nada os faltará hasta el fin de vuestros días.

»Los hijos deben sustituir a los padres cansados y librarles del peso y la responsabilidad de sus cargos. Es ley de Dios, ley natural, ley incuestionable, porque jamás un padre anciano y cansado se ha rebelado contra el hijo que le ama y respeta.

»Ahora, pueblos del mundo que me escucháis, voy a demostraros lo que Peter Spiro, hijo de Franky y Anette, nieto de Pierre Charonne y John

Spiro, ha aprendido en «Ghuk» para beneficio de la humanidad.

»Éste es el hombre nuevo que ha vuelto de detrás del tiempo.

Al terminar estas palabras, Peter dio un salto hacia el aire y las cámaras de televisión se vieron impotentes de seguirle. En un instante, subió más de tres mil metros, como si su cuerpo se hubiese convertido en un reactor.

Luego, descendió y se inmovilizó en el aire, ante la mirada atónita de millones de seres que no podían creer semejante poder.

¡Y, por si no fuese bastante, Peter descendió al fin al suelo y levantó un pesado vehículo de transporte colectivo, utilizando una sola mano!

Después, sacando un objeto rojo de una de las extrañas fundas que llevaba al costado, disparó un rayo al cielo que oscureció el sol, para volverlo a iluminar minutos después.

¡Hizo llover, nevar, convirtió el aire en huracanado y levantó enormes pesos con la mente!

Por si todo esto no fuese bastante cortó toda la electricidad del mundo, valiéndose de otro objeto que extrajo de sus fundas laterales, y cuando la volvió a dar, disipada la oscuridad, ¡el cielo ya no era azul, sino verde!

Por último desintegró una montaña de mil quinientos metros de altitud, con un disparo sin ruido, dejando en su lugar un informe montón de tierra negra y calcinada.

Hechas estas impresionantes demostraciones, que fueron seguidas por las cámaras de televisión de Emerson, se reintegró de nuevo a su plataforma y exclamó:

—Exijo obediencia absoluta en bien de toda la humanidad.

Franky Spiro, su padre, se le acercó entonces y le dijo:

—Tú nos mandas, hijo. En ti está la ley.

FIN

Próximo número:

Aquel planeta se había embarcado
en una guerra de supervivencia.
Sin embargo, era una guerra
original
Ninguno de los dos combatientes
actuaba por móviles patrióticos.
Eran hombres que cobraban
por hacer la guerra.
Eran...

EL MERCENARIO

de

Clark Carrados

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.

HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.

SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

